



EL BAILARÍN PIRATA

Reservados los derechos de
producción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAQUER
DIRECTOR LITURGICO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
Valencia, 234 - Apartado Correo 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbarrá, 16, Barcelona - Cañon, 1, Madrid

EDITORIAL
ALFA

Publicación semanal

Año XIII

Núm. 252

EL BAILARIN PIRATA

Trátase de una emocionante historia de amor en la vieja California... Alegre como la risa de sus bellas mujeres, viva con la dinamicidad de los valerosos caballeros del siglo pasado y brillante con la música, el baile y el canto de los ardientes corazones en la tierra de las libres aventuras. **W W**

Producción RADIO PICTURES (R K O)

Sucursales:

Madrid
Bilbao
Sevilla
Valencia
Las Palmas
Palma de Mallorca
Portugal



Distribuida en España por

RADIO FILMS

Director: D. ROBERTO TRILLO

Gerente: D. Antonio Blanco

Paseo de Gracia, 76 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES:

Jonathan Pride	CHARLES COLLINS
Serafin	STIEFFI DUNA
Don Emilio	Frank Morgan
Don Baltasar	Victor Varconi
Panfilo	Luis Alberni
Tecolete	WM. V. Mong

Director

LOYD CORRIEN

Autor

EMMA LINDSEY SMITH

Música de

RICHARD INGSTER

Narración en forma de novela de

MANUEL NIETO GALÁN

EL BAILARIN PIRATA

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELICULA

DE PROFESOR DE BAILE A MARINO



os encontramos en una vieja ciudad americana, en el año 1820, en la época de los minuets y rigodones, época en la cual, como es natural, no se conocía esta fiebre endiablada de los bailes modernos, pero en la cual ya empezó a hacer su aparición el vals vienés, que poco después había de presidir todas las grandes fiestas mundanas.

El éxito obtenido por este baile había llegado, aunque con mucho retraso, debido a la lentitud de las comunicaciones al Nuevo Continente americano, y eran escasos todavía los profesores de bailes que se sentían capaces de

enseñar a sus alumnos al vals; pero el que por fortuna había conseguido aprenderlo y enseñarlo, podía decir que había realizado su carrera y su fortuna.

Uno de estos pocos últimos era el joven profesor Jonathan Pride, muchacho de unos veinticinco años, de tipo esbelto y arrogante, admirable bailarín, que poseía, además, el encanto de su sonrisa y de sus finos ademanes para seducir a no pocas damitas de las que acudían diariamente a su sala de baile, para aprender la nueva danza que iba enseñoreándose del mundo.

Uno de los días del año 1820, a las ocho y media de la noche, Jonathan Pride enseñaba a sus

alumnos y alumnas los nuevos pasos del vals y, a medida que en su cajita de música iban sonando las notas armoniosas del melódico compás, él les iba indicando la forma en que debían actuar, y diciéndoles, al mismo tiempo que ejecutaba los movimientos:

—¡No!... No salten. Esto que están aprendiendo es el vals.

Los alumnos se detuvieron para fijarse en el profesor, quien siguiendo el ritmo de la música continuó diciéndoles:

—Sirvanse ponerse en círculo las parejas.

Obedecieron éstas la indicación y Pride continuó sus explicaciones:

—Para este baile nuevo se requiere alegría y languidez... El galán «A» rodea el talle a su pareja «B».

La joven a quien Pride eligió como pareja se ruborizó al verse cogida por el talle por un hombre, cosa que hasta entonces no se había visto en ningún baile, y no pudo menos que preguntar, sonriendo maliciosamente:

—¿El talle?

Las dueñas que acompañaban a las jóvenes se encararon con el profesor protestando de lo que ellas creían un atrevimiento, y murmuraron:

—No me agrada la idea.

—Sin embargo, es preciso— insistió el profesor—. Es la forma de bailar.

Las dueñas, a pesar de aquella sencilla explicación, volvieron a oponerse, diciéndole:

—Profesor, ¡eso es un tanto atrevido!

Jonathan sonrió ante aquellos viejos prejuicios y quitándole importancia insistió en su lección diciéndoles para tranquilizarlas:

—Nada de atrevido... Es algo moderno, europeo, grácil, nuevo. —Dió unas palmadas para llamar la atención de los bailarines y prosiguió diciéndoles: —Caballeros, rodeen el talle a sus parejas.

Comenzaron las parejas a bailar, y a mitad del baile se presentó la dueña que servía a Pride y le advirtió de la hora que era, diciéndole:

—Las nueve, casi. La diligencia sale dentro de una hora y debe prepararse.

—¡Es verdad!— exclamó el joven profesor, quien dirigiéndose a sus alumnos los detuvo diciéndoles: —Basta por esta noche. Seguiremos el próximo miércoles.

—¿No podríamos dar una vuelta más?—preguntó una mucha-

cha, a quien el ir sujeta por el talle por el joven que le había cabido en suerte no le sabía nada mal.

—Lo siento—se negó el profesor—. Prometí a mi tía ir a hacerle una visita, y no quiero faltar a mi promesa.

Ante la terminante negativa de Pride, los alumnos no tuvieron objeción alguna que hacerle, y fueron saliendo de la sala de baile, hasta quedar solos en ella Jonathan y su dueña que le dijo, al mismo tiempo que le ayudaba a cambiarse de ropa:

—Recuerde que tiene que devolver el paraguas a su tía.

—Es verdad—respondió Jonathan, dispuesto ya casi a salir—. ¿Fue alguna vez en diligencia, Mrs. Tucker?

La dueña se llevó las manos a la cabeza como quien acaba de oír una locura y exclamó asustada:

—¡No!... ¡Dios me libre!... No quiero tentar al Destino.

—Pues yo sí—exclamó Jonathan, con su risa franca y optimista—. Me atrae el riesgo, la velocidad... el peligro.

Y mientras iba apagando una a una las velas que alumbraban la sala, iba dando saltos y marcando pasos de un baile creado

por él, hasta que finalmente ganó la calle, llevando consigo su maletín de viaje, en el que llevaba un traje, su cajita de música y en la otra mano el paraguas que había de devolver a su tía.

Había cerrado ya por completo la noche, y en las estrechas calles de la población no transitaba ningún ciudadano. De trecho en trecho una leve luz de un farol de aceite iluminaba escasamente cinco metros de circunferencia a su alrededor, dejando todo el resto del trayecto en la más absoluta oscuridad.

En la misma calle donde vivía Jonathan y aprovechándose de la oscuridad reinante, tres hombres de pésima catadura hablaban misteriosamente. Sus rostros sin afeitar y sus cabellos largos y en desorden hacían más patibularios a aquellos individuos, que sin duda alguna nada bueno podían estar tramando. De pronto uno de ellos llamó la atención de sus compañeros y les dijo:

—¡Pronto!... ¡Preparados!

Los otros dos individuos se escondieron tras la esquina que hacía la calle y el que había quedado debajo del farol se puso a buscar en el suelo, como si hubiese perdido algo.

A los pocos segundos apareció

Jonathan. Iba alegremente silbando, sin poder presumir lo que le esperaba, hasta que por fin llegó adonde estaba el individuo en cuestión. Al verle buscar tan afeitosamente, sintió curiosidad y le preguntó:

—¿Se le ha perdido algo?

—Sí—respondió el otro, sin levantar la cabeza—; he perdido mi talismán de oro. ¡40 años hace que lo tenía!

Jonathan, olvidándose de la prisa que tenía, se inclinó para ayudarle a buscar, y en aquel instante aparecieron por su espalda los otros dos individuos que habían permanecido ocultos, quienes, dándole un tremendo golpe en la cabeza, le hicieron perder el conocimiento. Inmediatamente cargaron con él al mismo tiempo que uno de ellos decía con satisfacción:

—Ya está completa la tripulación de la «Bouncing Besa».

La «Bouncing Besa» era una goleta pirata que desde hacía tiempo traía aterradas todas las ciudades marítimas de la costa. Sus tripulantes, hombres de la peor catadura, habían cometido infinidad de crímenes, y finalmente se refugiaron en aquel barco para seguir su vida de crimi-

nalea, alejados de todo lo que fuese ley y humanidad.

Los barcos del Gobierno, escasos por aquel entonces y carentes en su mayoría de medios de combate, rehuían el encuentro con este barco pirata, seguros de que nada podían contra aquellos hombres, a quienes la muerte no arredraba y que se jugaban la vida con una sencillez escalofriante. Y precisamente entre aquella gente fue a caer el inofensivo Jonathan Pride, sin que su condición de bailarín, ni sus modales finos y elegantes sirvieran de otra cosa que de rechifla y burla de los que habían de ser sus compañeros desde entonces.

En un principio el profesor quiso oponerse a lo que él llamaba un secuestro, y era así en verdad, mas pronto se dio cuenta de que todas sus protestas serían inútiles y que no le quedaba otro remedio que el de seguir allí hasta que la suerte le fuese favorable y pudiera huir librándose de aquella forma de la compañía de gente de aquella indole y de sus malos tratos.

¿Cuánto duraría aquel cautiverio? Eso era cosa imposible de precisar, ya que los piratas apenas si tocaban tierra, pues para sus suministros de víveres y agua

les bastaba con los barcos que saqueaban, aun cuando la noticia de la presencia del navío pirata hacia cambiar de rumbo a muchas naves, para evitar su encuentro.

Otra de las cosas que más sentía Jonathan era el oficio que le habían elegido. Ni siquiera era marinero; era tan solamente el piche de cocina, y por lo mismo siempre estaba expuesto a las patadas y bofetadas de toda la tripulación, más cruel con él toda-

vía al apreciar aquella cualidad de timidez del muchacho y la exquisitez de su trato, incomprensible para aquellos hambres que jamás habían podido comprender ni conocer lo que era una delicadeza. Vida llena de sinsabores, plétorica de amargura y de desconsuelo era la del pobre Jonathan, la cual tenía que sufrir sin la menor queja para no dar lugar a que su situación pudiera agravarse más aún de lo que estaba.

POR TIERRAS DE CALIFORNIA

La escasez de navíos a quienes atacar, la inactividad en que se hallaba el barco pirata en aguas americanas, hicieron que su capitán cambiase de rumbo y se dirigiese hacia la costa californiana, en la que habían asaltado varias poblaciones, pasando a sus habitantes a cuchillo, abusando de las inocentes mujeres y robando cuanto de valor había en ellas.

Por aquella época era aún California propiedad de España, pero la distancia que existía entre la península Ibérica y América dificultaban sus comunicaciones y raramente llegaba un navío español a aquellos puertos. No obstante, las leyes eran dictadas por los gobernadores nom-

brados por el Gobierno de España, y cada población tenía un alcalde que era el que asumía todas las atribuciones en aquellas ciudades en las que no había gobernador y guarnición.

Casi todos los habitantes de California eran por aquel entonces gentes sencillas, sin malicia alguna, seres que casi podían llamárseles infantiles, y así de inocentes eran sus vidas. Vivían alegremente, en la plena confianza que da siempre la sencillez y predispuesto a una oratoria excesiva y donjuanesca, importada de las tierras castellanas de donde eran oriundos casi todos. La cosa más insignificante era motivo de regocijo general, o bien de alarma infundada, pero en aquel am-

biente casi bucólico transcurría la existencia de casi todas las ciudades.

Todo esto, como es natural, lo desconocía Jonathan, que no había tenido ocasión de bajar en ninguna de las poblaciones en las que sus compañeros los piratas lo habían hecho y en la espera interminable de hallar la ocasión de evadirse consistía la única esperanza del joven profesor de baile.

Así las cosas, un día el navío dió vista a una pequeña ciudad de California, llamada «Las Palomas». Jamás había oído hablar de ella a los piratas, y por lo mismo comprendió Jonathan que debía ser insignificante. Seguro de que en ella no se haría ninguna de aquellas sangrientas escalas a que solían dedicarse los piratas, Jonathan se hallaba sobre la cubierta del buque, afilando esforzadamente unos cuchillos que le había entregado el cocinero, y miraba apesadumbrado otro montón de machetes que también tenía que afilar, cuando se acercó uno de los marineros y dándole un puntapié que le hizo rodar por la cubierta le dijo airadamente:

—¡Deja los cuchillos y afila los machetes!

—Ya los he afilado—respondió tímidamente Jonathan.

El cocinero cogió uno de los machetes y miró su filo, exclamando indignado:

—¡A esto le llamas tú filo?—Y al mismo tiempo que le amenazaba, le gritó de nuevo—: ¡Afila los machetes o te degüello!

Jonathan, ante el temor de que pudiera llevar a la práctica lo que le decía, dejó los cuchillos y se puso a afilar los machetes.

Mas, apenas habían pasado cinco minutos, cuando apareció el cocinero llevando en su diestra un hacha de partir carne, y al ver que estaba limpiando los machetes en vez de los cuchillos le dió un nuevo puntapié y exclamó indignado:

—¡Deja esos machetes y afila mis cuchillos!

—Es que me han mandado... —se aventuró a decir Jonathan.

—¡Qué me importa a mí lo que te hayan mandado!—exclamó el cocinero—. Primero me dan de marmitón un sastre, y tuve que ahogarlo... Luego un macatro de escuela y lo ahogué en Panamá... ¿Y qué me dan ahora de marmitón?... ¡Un bailarín!

El pobre profesor no se atrevía ni a levantar la vista del suelo. Sabía de sobras lo que sigui-

ficaba el rebelarse contra aquel hombre sin corazón, capaz de cortarle el cuello al ser más inofensivo, y por lo mismo siguió en silencio su orden durante un buen rato, mientras que el capitán, en el puente de mando, seguía vigilando toda la costa, por si se acercaba algún barco a ella.

Se hallaban a unas cuantas millas del pueblecito de «Las Palomas» cuando el capitán dió orden de anclar, y gritó desde su sitio a Jonathan:

—¡Tú, ayuda a traer agua antes de que cambie el viento!

Jonathan vió el cielo abierto cuando oyó aquella orden. Se trataba de ir a tierra y éste podía ser un momento decisivo en su huida. Lo difícil era pisar tierra firme y una vez allí la cosa se simplificaba mucho, puesto que ya solamente tenía que idear la forma de poder huir.

Apenas recibió la orden, se fué donde estaban los barriles, desfundó uno de ellos y ocultó su maletín en él. Recogió también el paraguas de su tía y se lo escondió en un pernil de pantalón de forma que no lo pudieran ver. Una vez hecho esto cargó con el barril para cargarlo en el bote que ya había sido echado al agua y al llegar a la borda del buque

se encontró con el marino que le había encargado afilar los machetes quien le deluvo diciéndole:

—¿Qué haces aquí?... ¿Adónde vas?

—Yo voy a tierra también — respondió Jonathan.

El marino le miró amenazadoramente y exclamó:

—¡Tú te quedas a afilar los machetes!

—Pero, es que el capitán me ha mandado...

—¡Basta de réplicas!

Jonathan no se atrevió a responder, pero de pronto tuvo una idea luminosa y la puso en práctica. Se acordó de la forma en que había sido él secuestrado y creyó que valiéndose de ella podría librarse también del marinero. Inmediatamente se puso a buscar por el suelo del barco, y el marinero le preguntó:

—¿Qué buscas ahí, como un tonto?

—¡Se me perdió! — exclamó angustiosamente Jonathan—. Rayos y truenos, que se me acaba de perder.

—Pero ¿qué es lo que se te ha perdido?—le preguntó el marinero.

—Mi talismán de oro. ¡Hace veinte años que lo tenía!

La palabra oro avivó la codicia del marinero que pensó que si lo encontraba se lo quedaría él, y esto hizo que se inclinase para buscarlo. Jonathan miró en todas direcciones para ver si alguien le veía. Casualmente estaban los dos solos y, apoderándose de un madero, dió un golpe sobre la cabeza del marino que cayó pesadamente al suelo, sin conocimiento.

Afortunadamente la lancha todavía no se había separado del barco, y Jonathan pudo embarcarse en ella y marchar hacia tierra, sin que ninguno le preguntara nada, respecto a su embarque.

Suavemente iba deslizándose la lancha hacia la playa de «Las Palomas», ajenos al susto que iban a dar a aquellas tranquilas gentes, que lo que menos esperaban era una visita de los piratas tan de mañana.

En una loma cercana a la playa, y de la cual se divisaba plenamente el mar, un pobre y sencillo pastor se hallaba echando al pie de un árbol, guardando su rebaño de ovejas, cuando el perro que le acompañaba se puso a ladrar frenéticamente. El pastor intentó callarlo, creyendo que sus ladridos se debían a otra co-

sa, y le dijo sin moverse del sitio en que estaba:

—Calla, chuncho... No te quejes que a buenos y malos nos pican las pulgas.

Mas, ante la insistencia de los ladridos del perro, se incorporó y fué entonces cuando divisó la lancha que se acercaba hacia la orilla, y el navío que se hallaba anclado a algunas millas de allí. Sin pensar siquiera en que «Las Palomas» no podía despertar la codicia de los piratas, sintió que la sangre se le helaba en las venas y echó a correr hacia el pueblo, sin poder apenas contener la respiración. Era tal el miedo que llevaba dentro del cuerpo que lo primero que pensó fué en llamar la atención de todos sus convecinos para que, juntos, pudieran encontrar la forma de precaverse contra el peligro que les amenazaba.

En la plaza pública había un pequeño campanario, y el pastor se puso a tocar desenfrenadamente una de las campanas, obligando con su ruido a que Pánfilo, el fiel servidor del alcalde y carcelero además, corriera hacia el lugar de donde procedía aquella alarma. Al llegar allí ya casi todo el pueblo se había congregado alrededor del pastor que seguía to-

cando violentamente, y le preguntó:

—¿Qué ocurre?

El pastor se volvió a él, intentó explicarle lo que ocurría, pero su nerviosidad era tal que sin acertar a pronunciar palabra se volvió nuevamente hacia la campana y otra vez comenzó a tocarla con igual violencia.

Consiguió por fin Pánfilo separarlo de allí, y otra vez le preguntó:

—¿Pero que pasa?... ¿Quieres explicarlo?

Sin embargo, el pastor no podía pronunciar una sola palabra, y el bueno de Pánfilo, que era más infeliz que una doncella, quiso hallar una explicación para detenerle y que no escandalizara más, diciéndole:

—¡Vas a despertar al alcalde!
¡Vas a despertar a don Emilio!...
¿Es que se ha incendiado algo?

El pastor movió negativamente la cabeza, y ante aquella mirada de terror Pánfilo creyó encontrar el motivo de su agitación y les dijo a los vecinos que se habían congregado en la plaza:

—Está un tanto loco, pero no hay que asustarse; eso les pasa a los pastores.

Otra vez movió la cabeza ne-

gativamente el pastor, y Pánfilo le preguntó nerviosamente:

—Pero dígalo de una vez...
¿Qué le pasa?

Por fin pudo hablar el pastor, y exclamó, señalando al mar:

—¡Los piratas!

—¡Los piratas!—exclamó presa de un pánico horrible Pánfilo.
—¿Dónde? ¿Por que no lo dijo antes?—Y volviéndose hacia los que se habían reunido, quiso inculcarles el mismo pánico que él tenía y les dijo—: ¿Lo oyen?... ¡Son los piratas!

—¡Los piratas! —exclamaron todos asustados—. ¿Qué hacemos?

Pánfilo dió la solución. El siempre había puesto su fe en el alcalde, y por lo mismo respondió inmediatamente:

—¡Acudamos a nuestro alcalde! ¡El nos salvará!

Y como una tromba corrieron en dirección de la casa donde vivía el alcalde, el cual a aquellas horas, completamente ajeno a lo que ocurría, dormía tranquilamente.

Mientras tanto, la lancha en la que iban los piratas había llegado a la orilla, y una vez que quedó varada en la arena, los piratas se dedicaron a transportar los barriles vacíos para llenarlos de

agua. Jonathan se apresuraba a ir entregando los barriles con el fin de que ninguno pudiera coger el que él llevaba con su malletín; hasta que finalmente lo encontró y saltó con él a tierra.

Sin preocuparse de él, los marineros emprendieron el camino hacia la aguada, mientras que Jonathan, rezagándose cautelosamente, intentó alejarse de ellos, tomando un camino diferente.

Mas, quiso su mala suerte que el marinero que se quedó en la playa al cuidado de la lancha lo advirtiese y lo detuviese preguntándole:

—¿Adónde vas?

—Al manantial—respondió Jonathan, fingiendo admirablemente, pero no tan bien que no diera lugar a que su compañero sintiera cierta desconfianza y le preguntase:

—¿Y por ahí quieres ir al manantial? ¿No ves por dónde se han ido los otros?

Jonathan se dispuso a seguirlos, pero el marinero lo detuvo nuevamente diciéndole:

—¿Dónde vas?

—¡Con ellos!

—No — exclamó riendo burlonamente—; tú te quedas. Deja el barril en el suelo.

—¿No lo llenamos de agua?— preguntó Jonathan.

—¿Para qué? Ya hay bastante con los otros. Tú y yo echamos el ancla aquí hasta que ellos vuelvan.

¿Qué podía hacer el pobre muchacho en aquella situación, sino esperar tranquilamente otro momento más propicio? Por lo mismo se sentó junto al marinero, y al cabo de unos minutos quiso poner en práctica el mismo procedimiento por el cual se había librado del otro marinero, y exclamó angustiosamente:

—¡Rayos y truenos!... ¡Se me ha perdido!

El marinero no hizo la menor objeción a la exclamación del profesor, y éste se vió obligado a repetirla nuevamente.

—¿Qué es lo que se te ha perdido?—le preguntó la segunda vez.

—Mi talismán de oro—repuso Jonathan, creyendo que ya había caído en la trampa—. Lo tenía desde hace 20 años.

El marinero lanzó una carcajada que sorprendió grandemente a Jonathan a quien no obstante insistió obra vez diciéndole:

—¡Es de oro puro!... ¡Debió caer por aquí! ¡Cuando desembarcamos lo llevaba!

El marinero lo miró severamente, y al fin pudo explicarse Jonathan la indiferencia de aquél al decirle:

—¡A mí no me vengas con esa artimaña, la inventé yo mismo!

También desaparecía aquella esperanza, y Jonathan se dió cuenta de que no le quedaba otro remedio que volver al barco nuevamente y seguir allí la vida cruel de la piratería, sin que vislumbrase ya el momento de poderse evadir. Mas lo que no pudo conseguir con su ingenio lo consiguió la casualidad; y fué que la cajita de música que llevaba dentro del maletín que había encerrado en el barril comenzara a tocar y que el marinero quedase sorprendido por ello. Para asegurarse de que la música partía del interior del barril, se apoderó de él y se inclinó a escucharlo. Aquel fué el momento elegido por Jonathan para deshacerse de su compañía. Sacó rápidamente el paraguas que llevaba escondido, y con el puño del mismo asestó un golpe en la cabeza del marinero que cayó sobre la arena sin sentido. Jonathan echó a correr, pero apenas anduvo unos pasos volvió de nuevo al sitio donde había quedado el marine-

ro y se apoderó de su cuchillo, colocandoselo en la cintura.

Provisto de su maletín y del paraguas echó a correr monte arriba para evitar que pudieran descubrirlo los otros, y una vez que llegó al mismo árbol desde donde el pastor los viera llegar, se sentó un momento para recohrar fuerzas y poder continuar su marcha hacia el pueblo que ante él se extendía.

La alegría del pobre muchacho al verse libre no era para descrita. Por fin había podido salir de aquel infierno de barco donde durante algunas semanas había vivido, y otra vez le sería posible regresar a su patria, seguir sus lecciones de baile y, además, devolverle a su tía el paraguas, que tanto echaría de menos.

Lentamente, con extrema precaución, para no encontrarse de improviso con los demás piratas, se fué internando en el campo, y al llegar a un montecillo que dominaba todo el paisaje, vió cómo los piratas se dedicaban tranquilamente a llenar los barriles, sin que ninguno de ellos pudiera pensar en su huida. Indudablemente pensó que ya estaba libre, y que nada peor podría ocurrirle después de todo el su-

frimiento que había pasado en compañía de aquellos desalmados que no pagaban con una vida todo el daño que habían cometido a inofensivas criaturas.

Y mientras él seguía el camino que conducía al pueblcito de «Las Palomas», en éste la alarma era cada vez mayor. A la plaza iban llegando cuantos vecinos había y el grito de ¡Piratas! corría de boca en boca, produciendo el natural espanto. Verdad era que «Las Palomas» jamás había sentido el asalto de los piratas, pero ello no era motivo para que sintiesen el verdadero pánico que en todos causaban aquellos seres, ya que sabían por los relatos oídos que era la mayor plaga que podía caerle a un pueblo.

Conforme iban llegando los vecinos iba haciéndose mayor la aglomeración, y en una verdadera manifestación llegaron hasta las puertas de la casa del alcalde.

Pánfilo fué el que se destacó de ella para ir a avisar al alcalde de lo que ocurría, para que él pudiese el remedio al mal que les amenazaba.

Pero antes del alcalde, se enteraron de la desgracia Serafina y su dueña. La primera era la hija del alcalde, preciosa rosa californiana de veinte años, en cuyos

ojos brillaba todo el fuego de la mujer española. Nacida allí mismo, nunca había estado en España, ni tampoco conocía a su madre, que murió siendo ella muy niña, pero por Blanca, su dueña, conocía todas las leyendas que se habían escrito acerca del honor y la nobleza española, y se hallaba influenciada por todo aquel romanticismo que su dueña había sabido inculcarle.

Su trato afable, en extremo cariñoso para todos, la habían hecho acreedora del cariño de cuantos habitaban «Las Palomas», y cualquiera de sus habitantes se habría dejado matar antes que consentir que nadie le hubiera ocasionado el menor daño a aquella chiquilla, cuyo perfume personal embriagaba a cuantos estaban a su lado.

Serafina al oír el grito de piratas tembló como una débil paloma interrumpida en su vuelo, y se echó a los brazos de su dueña, que sentía aún más miedo que ella. Y tanto era el espanto de Blanca, que en vez de proteger a Serafina fué ella precisamente la que pidió protección preguntándole:

—¿Qué hacemos?

—No sé—exclamó la niña, co-

rriendo de un lado a otro de la habitación.

—¿Llegarán aquí?— preguntó desolada la dueña.

—Esos hombres son capaces de todo — respondió Serafina, que muchas veces había oído hablar de los piratas como si fuesen verdaderos demonios que hubiesen abandonado sus regiones infernales para ir a la tierra y sembrar la desolación por donde pasaban.

—Sin embargo, algo debemos hacer— insistió la dueña.

—Eso digo yo— respondió Serafina—. Y dándose cuenta de que todavía iba con la ropa de estar en cama, se apresuró a arreglarse, diciéndole a la dueña:

—Yo creo que lo primero que debemos hacer es vestiros... Luego esperaremos a que mi padre nos dé órdenes.

—Es verdad— exclamó la dueña—. Vamos en seguida.

Y cogiendo de la mano a Serafina la condujo a otra habitación para ayudarla a vestir.

EL ALCALDE DE «LAS PALOMAS»

Era el alcalde de Las Palomas don Emilio José María Salazar y Pereda, rico hacendado, nacido en el mismo pueblo y fiel cumplidor de la Ley. Respecto a ésta tenía un juicio cerradísimo, aunque en su ignorancia, las más de las veces se dejaba guiar por Pánfilo, su fiel servidor. Los dos hombres eran de una inocencia rayana en la infantilidad y el primero de ellos tenía además el defecto de creerse un antiguo caballero de capa y espada. Otra de las debilidades del alcalde era su hija. Sentía por ella una adoración idólatra y la niña, que lo sabía, manejaba a su padre a su antojo, haciendo de sus caprichos verdaderas órdenes que don Emi-

lio cumplía sin oponer el menor reparo.

Como decimos en el capítulo anterior, don Emilio se hallaba descansando tranquilamente en su mullido lecho cuando Pánfilo entró en su habitación y lo despertó violentamente diciéndole:

—¡Don Emilio!... ¡Don Emilio!... ¡Despierte, que vienen los piratas!

El alcalde, medio dormido, abrió los ojos, y sin darse perfecta cuenta de lo que le decía Pánfilo, respondió entre bostezos:

—¡No, no lo creo! Es demasiado temprano para piratas.

Pero Pánfilo que no podía contener la nerviosidad de que se hallaba poseído por la proximidad

dad de aquellos foragidos, insistió nuevamente diciéndole:

—¡Los vió Alejandro, el pastor... ¡Vienen a millares! ¡Vienen hacia el pueblo!

Don Emilio, que por fin se había despertado del todo, recordó la palabra piratas y lanzándose del lecho exclamó, asustado a su vez:

—¿Dices que son los piratas?

—Sí, señor—afirmó Pánfilo.

—Sí, padre—le dijo Serafina, que acababa de entrar, después de haberse cambiado de ropas.

El alcalde, al ver a su hija y después de darse perfecta cuenta de todo el alcance que tenía la grave noticia, se dirigió a ella ordenándole:

—¿Qué haces ahí?... ¿Tú sabes cómo son los piratas?... ¡A tu cuarto!

Pánfilo, que recorría la estancia de un lado a otro, volvió a dirigirse nuevamente al alcalde, esperando de él la solución de aquella grave situación y le suplicó:

—¿Qué hacemos?... ¡Ampárenos!... ¡Ordene y mande!

Don Emilio se dió cuenta de que todavía se hallaba con el camisón de dormir y le respondió lógicamente, para que saliera del cuarto y lo dejasen solo:

—¡Mal puedo mandar, sin pantalones!

Salió Pánfilo a decir al pueblo que el alcalde estaba dispuesto a hacer frente al peligro que les amenazaba, y un cuarto de hora después, don Emilio, subido en un carro de cántaros de leche que había en la plaza, lanzaba al pueblo su patriótico discurso diciéndole:

—¡Ciudadanos de Las Palomas!... ¡Hijos míos! ¡La plaga de costas y mares, la gran bestia oceánica, se nos presenta... ¡Esa bestia infernal que saqueó y asoló a Trinidad, Soledad, Felicidad!...

—¿A Felicidad?—preguntó extrañado Pánfilo.

—Bueno—respondió el alcalde, siguiendo su discurso—, a Felicidad no la saqueó, pero va a saquearnos a nosotros... ¡Esa bestia, como os digo, armada de acero y fuego amenaza nuestro honor!

Todos oían extasiado el discurso del alcalde y éste, orgulloso del efecto que causaban sus palabras, continuó diciéndoles, cada vez más enérgico:

—¿Somos hombres o ratones? ¿Vamos a pelear o a correr?

Recorrió con la mirada los ros-

tros de todos sus oyentes y satisfecho de su examen prosiguió:

—¡Vuestros rostros, en los que se refleja la resolución, me dan la respuesta!... ¡Peclaremos!— Y a continuación, haciendo un comentario alinado a sus palabras, exclamó—: De todos modos, si corriésemos nos iban a dar alcance...

Los hombres levantaron los brazos en señal de asentimiento y el alcalde continuó:

—Así, en defensa de nuestros parientes y hogares, yo, don Emilio José María Salazar y Pereda, dedico mi espada...

Y al echar mano a su espada se encontró con que sólo llevaba la vaina, y rectificó diciendo:

—No, así no puedo dedicar mi espada.

Pero Pánfilo, que no perdía detalle, se apresuró a entregarle su espada y, una vez en posesión de ella, don Emilio le preguntó:

—¿Por dónde iba, Pánfilo?

Este le repitió su oración anterior y don Emilio reanudó su discurso diciendo:

—Yo, don Emilio José María Salazar y Pereda, dedicoles mi espada!

Todos aplaudieron las energías y heroicas palabras de don Emilio y antes que éste pudiera

descender del carro tiraron de él y a punto estuvo el flamante alcalde de dar con su cuerpo en el suelo, si no hubiera sido por la intervención de Pánfilo que lo sostuvo antes de que pudiera caer.

Inmediatamente se procedió a preparar la defensa de la ciudad y don Emilio se acordó que en el patio de su casa conservaba un terrible cañón, sin duda de la época en la que se inventó la pólvora. Mas el pobre alcalde desconocía la procedencia de aquel arma, que ya resultaba inservible y, ayudado por Pánfilo, la sacó, colocándola junto a la puerta de la plaza, que era la única entrada del pueblo. Mientras que colocaban la pieza artillera, don Emilio, dando pruebas de su gran heroísmo, le dijo a su servidor visiblemente indignado:

—¡Quiero echarle mano a esa bestia pirata, para arrancarle las entrañas!

El cañón quedó, por fin, colocado y don Emilio lo miró orgulloso, diciéndole a Pánfilo, que le oía embobado:

—Bien cargado, este cañón los matará a centenares, a millares!

—¿Y hará mucho ruido?—le preguntó Pánfilo.

—¡Aterrador!—respondió don

Emilio, que para evitar los efectos de la detonación, había roto su pañuelo en dos mitades y con cada una de ellas se tapaba cada oído.

Pánfilo entre tanto, siempre al corriente de lo que había de hacerse, llamó a su mujer y la ordenó:

—¡Cenobia! Tú trae la pólvora y la estopa... Yo traeré las municiones.

Mientras iban por ellas, el alcalde se quedó solo y vió salir de dentro del cañón una hermosa gata que tenía en su domicilio. Se extrañó de que aquel animal tuviese el inconcebible valor de haber formado su dormitorio en la mortífera arma y al oír un leve maullido en el interior, introdujo la mano para sacar el animal que lo producía. Mas pronto retiró la mano lanzando un grito de dolor porque el felino que se hallaba dentro, sin duda se encontraba muy a su gusto y prefirió arañarle antes de salir. No obstante, como don Emilio era hombre que no se inmutaba ante el peligro, volvió a introducir la mano y sacó otro gatito exclamando, mientras lo levantaba en alto:

—¿Qué significa esto, monstruo desconsiderado?

Llegaron Cenobia y Pánfilo

con todo lo necesario para cargar el cañón, y cuando se hallaban en esta operación, corrió a ellos uno de los vecinos del pueblo que avisó al alcalde de la proximidad del peligro diciéndole:

—¡Don Emilio!... Ya se acerca uno de los piratas... ¡Debe ser la vanguardia!

—No hay que perder la serenidad—exclamó don Emilio, aun cuando no le llegaba la camisa al cuerpo—. Que cada uno ocupe su puesto y no tiren hasta que yo descargue el cañón... ¡Todos a la matanza de piratas!

Y cada uno corrió, como un digno héroe de Las Palomas dispuesto a hacer frente a toda la piratería del mundo, si fuese preciso, antes que dejarse vencer.

Minutos después, el silencio más absoluto reinaba en la plaza. Ni un solo ser se atrevía a circular por ella. Incluso el ganado había sido retirado y sólo había quedado en mitad de la plaza el carro de cántaros de leche, en el cual don Emilio había pronunciado su famoso y heroico discurso.

Las mujeres habían sido previamente encerradas en sus respectivas casas y se dedicaban a implorar la misericordia divina para que la matanza de piratas

fuera un terrible escarmiento para aquellos desalmados y ejemplo fidelísimo para todos los de su calaña, de que el pueblo de Las Palomas sabía defenderse contra toda agresión y hacer pagar cara la osadía del que intentara asaltarla.

Serafina y su dueña se halla-

ban también encerradas en su casa y la muchacha lloraba amargamente por la suerte que pudiera correr su padre, sin que fuera bastante consuelo las palabras de su dueña que le aseguraba de que don Emilio era hombre prevenido y sabía ponerse fuera del peligro.

UN RECIBIMIENTO INSOSPECHADO

Todo en el pueblo de Las Palmas estaba dispuesto para la defensa, cuando Jonathan Pride hizo su entrada en él. En un principio no pudo menos que extrañarse de no ver alma viviente por ninguna parte. Recorrió con la mirada el sitio donde estaba y le pareció que aquello era una ciudad muerta. Hasta estuvo pensando si tal vez sería una de las poblaciones que recientemente hubieran sido asaltadas por los piratas, aun cuando esta idea tuvo que desecharla al ver el orden que reinaba en todas las cosas. Siguió andando hasta el centro de la plaza y una vez allí gritó diciendo:

—¿Quién vive aquí?

La única contestación que tuvo

fué el cañonazo que disparó el alcalde, que afortunadamente no hizo más blanco que el de los cacharos de leche del carro que había dejado en la plaza. Jonathan dió un salto al ver el recibimiento que le hacían y antes de que pudiera reponerse del susto una nueva detonación vino a deshacer por completo el carro. A partir de aquel momento se sucedió un infernal tiroteo por todas partes. Los hombres, apostados deliberadamente, disparaban sobre él, mientras que el joven profesor corría de un lado a otro buscando un sitio seguro donde poder resguardarse de aquel tiroteo del que le hacían víctima. Corriendo desesperado llegó hasta la casa del alcalde, de un salto

ganó la ventana y se preparó a entrar en aquella casa para pedir hospitalidad y librarse de que lo mataran.

Precisamente en aquel momento Serafina y su dueña acumulaban muebles detrás de la puerta para evitar que los piratas pudieran entrar y por lo mismo no fué pequeño su miedo al ver entrar a un hombre con un cuchillo en la boca. La dueña cayó sin sentido, del susto, y Serafina, demostrando ser una mujer decidida y dispuesta a salvar su honor a costa de su vida, sacó un puñalito del pecho y se amenazó con él, mientras que Jonathan le decía nerviosamente:

— ¡Cuidado, que eso hace daño!

Pero Serafina levantando arrogantemente la cabeza, exclamó con firme decisión:

— ¡Las españolas sabemos morir! ¡No tengo miedo!

Jonathan ante el temor de que aquella preciosa joven pudiera cumplir la amenaza que hacía, se lanzó sobre ella, agarrándole el brazo para impedir que pudiera herirse y luchando denodadamente.

Se hallaba el alcalde y Pánfilo arreglando el cañón, que se había roto debido a las dos explo-

siones, cuando llegaron varios de los que habían seguido a Jonathan a quienes preguntó el alcalde al verlos:

— ¿Se han rendido ya los piratas?

— No, señor—respondió uno de ellos nerviosamente—. Están en la alcoba de su hija.

— ¿En la alcoba?... ¿Tan pronto?—exclamó escamado el alcalde— ¡Vamos allá!

Corrieron a casa del alcalde y mientras empujaban la puerta para poder entrar oyeron gritar a Serafina, que seguía su lucha contra Jonathan:

— ¡Antes de que me toque me mato!

— ¿No comprende usted que si se mata le pesará luego?—le dijo Jonathan.

— ¡Está matándola!—exclamaron los que forzaban la puerta para entrar. Por fin ésta cedió y varios hombres apresaron a Jonathan, al mismo tiempo que el alcalde les decía:

— Tened cuidado con él... Yo creo que debe ser el capitán de los piratas.

— Yo no soy ningún pirata—protestó Jonathan.

El alcalde había abrazado a su hija y le prodigaba toda clase de

cuidados, aunque en verdad no los necesitaba, y le preguntó:

—¿Qué te hizo?

—A mí nada—respondió la joven—. Ha sido Blanca la...

El alcalde, sin dejarla terminar, se volvió hacia donde estaba Blanca y al verla caída en el suelo, exclamó indignado:

—¡Mató a Blanca! — Y dirigiéndose a Jonathan le dijo con la mayor severidad que pudo:

—¡Le ahorcaré!... ¡Le encarcelaré!... ¡Le daré un disgusto muy grande!

—¡Repito que no soy pirata! — volvió a insistir el profesor de baile, sin poder apartar la vista de Serafina, que por su parte iba advirtiéndole que aquel hombre no tenía el aspecto de ningún pirata, sino que, por el contrario, parecía ser un hombre simpático. Sin embargo, su padre no pensaba igual que ella, ya que le respondió a Jonathan ante su protesta:

—¡No mienta!... Conozco un pirata a la legua.

Llamó a Pánfilo, que era uno de los que sujetaban a Jonathan, y le ordenó:

—Vaya a Monterrey y diga que manden por el pirata.

Pero Pánfilo no estaba conforme con aquella orden. No creía necesario entregarlo al goberna-

dor de Monterrey y le respondió:

—No es necesario. Si nosotros le hemos atrapado somos nosotros los que tenemos derecho a ahorcarlo.

El alcalde tampoco estuvo conforme con aquella idea de interpretar la ley y le repuso:

—¡Oh, no! Yo no estoy autorizado para eso.

—Si que lo está—insistió Pánfilo—. Montaremos el patíbulo en la plaza... En Las Palomas todavía no se ha ahorcado a nadie y será un acontecimiento.

Aquello³ hizo cambiar de opinión a don Emilio que empezó a dudar hasta que, finalmente, respondió:

—Eso no estaría mal... Si, ahorquémosle nosotros.

Entre todos sacaron a Jonathan a la plaza y al asomar el alcalde en el balcón de su casa una ovación imponente acusó su presencia.

—¡Mató a Blanca! — gritaban unos.

—¡Mató a Serafina! — exclamaban otros.

—¡Mató al alcalde! — comentaban varios.

El alcalde, al oír aquello de su muerte, sonrió satisfecho y les dijo:

—No, hijos míos, no estoy

muerto. —Y al darse cuenta de la herida que le había hecho el gato señaló su mano vendada y siguió su discurso diciéndoles—: Herido, sí; pero ¿qué es eso para un soldado?

En aquel momento, el pastor que había dado la señal de alarma, llegó corriendo y dando voces y todos se volvieron hacia él, y el alcalde le preguntó:

—¿Qué pasa?... ¿Vienen los piratas hacia aquí?

—No, señor—respondió el pastor— ¡Se han ido!

El alcalde respiró satisfecho. Estaba convencido de que su heroísmo había salvado al pueblo, y exclamó:

—Los hemos rechazado y mañana ajusticiaremos a su capitán.

Todos aplaudieron la decisión de la digna autoridad del pueblo que siguió diciéndole al mismo tiempo que sacaba su espada:

—Este sagrado acero defensor, será el símbolo de la justicia... En adelante lo veneraremos con orgullo.

Y a pesar de las protestas de inocencia de Jonathan, éste fué encerrado en la cárcel, para esperar al día siguiente en el que debería ser ahorcado.

Pero, a partir de aquel momento, el alcalde tuvo una gran pre-

ocupación, un gran temor ante el miedo de poder hacer el ridículo al ejecutar la sentencia.

Nunca se había ahorcado a nadie en Las Palomas y el alcalde no estaba muy ducho en las ceremonias que deberían celebrarse antes de la ejecución. Además, no quería que ésta fuese una cosa trágica, sino más bien un motivo de regocijo para el pueblo y que el reo casi, casi, estuviera alegre en el momento de morir. Él, desde luego, no era un hombre cruel y le repugnaba el pensar que sus ciudadanos pudieran pensar de él que era capaz de ahorcar a un hombre sin alegrarle los últimos instantes. Su fiel servidor y consejero Pánfilo se hallaba a su lado y don Emilio le hacía partícipe de sus dudas y temores diciéndole:

—Presiento que todo saldrá al revés... Si al menos hubiéramos ejecutado antes a alguien... Todo irá mal y se reirán de nosotros en Felicidad... En mi vida me he sentido tan nervioso como hoy.

Serafina, que también le acompañaba, le oía hablar de la ejecución de aquel hombre e interiormente sentía una gran pena. Había algo en ella que la decía que Jonathan era inocente. No había más que verle la cara, ver-

le su sonrisa llena de simpatía para pensar que un hombre así no era pirata; y si lo era, sólo podía robar corazones femeninos. Ante estos pensamientos, quiso interceder ante su padre y le preguntó:

—Papá, ¿y si es verdad que él no es pirata?

—Lo es—aseguró su padre con pleno conocimiento—. Yo no me engaño nunca... Ya lo verás.

—Yo no lo veré—respondió Serafina—. Yo no iré a la ejecución... ¡Es horrible ahorcar a un hombre!

El alcalde se la quedó mirando y le preguntó con verdadera ingenuidad:

—De ser tú mi padre, ¿qué harías a quien intentara atacarme?

—Es que yo me niego a creer que intentara hacerme ningún daño. Ya te digo que no parece pirata... Y aunque lo fuese, ¿es justo tratarle así?

Su padre quería hacerle comprender que su intención no era el de querer hacerle sufrir e intentó convencerla de ello diciéndole:

—No creas que le vamos a tratar tan mal... Ni a mi propio hermano lo ahorraría yo con más ternura.

Mas a pesar de todo ello, Serafina seguía angustiosamente rogando a su padre que no le ahorcaran y por primera vez en la vida don Emilio le negaba a su hija una petición.

Por la noche se hallaba Jonathan en la cárcel acompañado de Pánfilo, quien le daba cuenta de todo lo que había en el pueblo y le decía:

—Siento que sólo cene aquí... Nuestras comidas son especiales.

Y al mismo tiempo que le iba diciendo esto, le iba colocando la cena que Cenobia había hecho para él y en la que la buena mujer se había esmerado para que fuese de lo mejor y lo más abundante posible. Cenobia, al ver que su marido no le había servido salsa, llamó su atención diciéndole:

—¡Pánfilo, olvidaste la salsa!

—Es verdad—se apresuró a decir el carcelero—. Dispénseme, señor... Ya verá cómo ahora está mejor con ella el guiso.

Jonathan oyó en aquel momento la voz de Serafina que cantaba desde el balcón de su casa y se acercó al ventano de su celda para poder contemplar la exquisita belleza de la joven. Pánfilo, que se dio cuenta de la admiración que le causaba la belleza de

Serafina, le dijo sonriéndole amistosamente:

—Señor, detesto su piratería, pero admiro su buen gusto... ¡siéntese y cómase la cena ahora que está caliente... La comida fría puede perjudicarle el estómago.

Jonathan se sentó de nuevo dispuesto a cenar, mas en aquel momento llamaron a la puerta y entraron dos hombres fúnebremente vestidos y llevando un largo madero. Hicieron una seña a Pánfilo y éste se acercó a Jonathan y le dijo:

—¿Quiere hacer el favor, señor?

Jonathan se levantó y fué a donde le condujo Pánfilo, que era precisamente donde estaban los dos recién llegados. Estos colocaron el madero a su espalda, le tomaron medida y, muy ceremoniosamente, se retiraron después de decirle:

—Gracias, señor, muchas gracias.

Salieron de la celda y Jonathan se sentó nuevamente ante la mesa para cenar, mientras que Pánfilo le explicaba lo que le habían hecho, diciéndole:

—Ése es Fernández... Hacemos ataúdes hermosísimos.

Jonathan, que estaba a punto de llevarse la cuchara a la boca, la soltó inmediatamente, y al preguntarle Pánfilo qué le ocurría para no querer cenar, respondió nerviosamente:

—No es nada... No tengo apetito...

—¿No le gusta mi guiso?—preguntó desolada Cenobia, al ver que lo rechazaba.

Pánfilo no le dió mucha importancia a aquella desgana del preso y siguió diciéndole, al mismo tiempo que le demostraba cada vez más su estulticia.

—Algún día me agradecerá que le ahorque yo y no el capitán don Baltasar... El está de guarnición en Monterrey y le ahorcaría cruelmente.

—¿Y por qué tienen que ahorcarme?—preguntó Jonathan—Yo no soy pirata, soy profesor de baile.

—¡Qué gracioso!—le dijo Pánfilo, al mismo tiempo que recogía los platos y se despedía de él diciéndole:

—Que pase muy buenas noches.

LA EJECUCION

Al día siguiente, Pánfilo no tuvo un momento de reposo. Sudaba el pobre hombre disponiendo todo lo necesario para que la ejecución fuera un verdadero éxito y para que no se pudieran reír de ellos los de Felicidad. Esta grave preocupación era lo que más le atormentaba en aquellos críticos instantes y por eso fué el mismo el que inspeccionó la forma en que había sido levantado el patíbulo, el que buscó al verdugo y el que dió las órdenes oportunas para que la fosa estuviese lista para enterrar al reo.

El alcalde había dado orden de que la banda de guitarristas estuviese preparada para amenizar el acto y él se vistió con su mejor y más deslumbrante traje, para

dar mayor realce al acto que había de celebrarse.

Por fin llegó el momento señalado para la ejecución, y Pánfilo fué en busca del reo a quien le dijo:

—¿Quiere hacerme un favor? Al salir ahí, sonrías.

Claro está que Jonathan no tuvo la menor gana de reír al asomarse a la puerta y ver preparado el patíbulo en la plaza. Conducido por Pánfilo y dos hombres más, subió al patíbulo, y poco después llegó el Alcalde, a quien se le había preparado un gran sillón presidencial. Pánfilo en cuanto lo vió se acercó a él para recibir órdenes, y el Alcalde le dijo:

—Procedamos del modo usual.

—Mas dándose cuenta de que no sabía lo que se tenía que hacer en aquellos casos, preguntó a renglón seguido—: ¿Cuál es el modo usual?

Pánfilo, que siempre sabía encontrar solución a todos los problemas, por difíciles que fuesen, le quiso explicar lo que él había pensado, y comenzó diciéndole:

—Hay varios métodos, pero emplearé el mío... Primero...

—¡No!... No me lo digas—le interrumpió el Alcalde—. Prefiero que me des una sorpresa.

—Está bien, señor —replicó Pánfilo, volviendo de nuevo al patíbulo. Y siempre sonriendo, para no desagradar al reo, le colocó con suavidad la cuerda al cuello, preguntándole amablemente:

—¿Está cómodo así?

Jonathan se dio cuenta de que a pesar de toda aquella amabilidad de que hacía alarde el carcelero, éste iba a terminar aborreciéndole, y protestó diciéndole:

—Esto es extraordinariamente cruel... Yo exijo que se me juzgue.

Pánfilo mostró un rostro contrariado al ver que se molestaba el reo, y le suplicó:

—Por favor, no lo eche todo a perder...

Se volvió seguidamente hacia el que hacía de verdugo, que estaba sujetando la soga por otro extremo, y le dijo:

—Ya sabes lo que te he dicho. Primero contaré hasta tres y luego sacaré el pañuelo. Mientras yo esté contando, tú estarás preparado y en el momento de sacar el pañuelo, tira de la cuerda.

Dada esta orden se volvió hacia los músicos y les ordenó que empezaran a tocar para amenizar el acto. Los guitarristas dieron comienzo a su concierto con varias piezas locales, y todo el mundo prestó atención al gran acontecimiento que iba a tener lugar a los pocos minutos.

Afortunadamente para Jonathan había un corazón bondadoso que estaba velando por él, y éste era el de Serafina. Sin poderlo ella remediar, su pensamiento estaba fijo en el recuerdo de Jonathan, y había enviado a Blanca para que se informase de cuanto ocurría. Poco después Blanca, después de haber sabido todo lo que había pasado en la prisión, volvió a casa de su ama y le dijo:

—Toda la noche ha estado escribiendo y no ha querido probar bocado.

—No le gustaría la cena que le

prepararon — respondió la muchacha — Debimos llevársela nosotros mismos.

— La propia mujer de Pánfilo le preparó la carne con salsa, y ni la probó siquiera. No decía más que él no era pirata y que era profesor de baile.

Serafina abrió los ojos desmesuradamente. La profesión de aquel joven la entusiasmaba todavía más, y no pudo menos que exclamar con verdadera admiración:

— ¡Profesor de baile!... ¡Lo presentí!... ¡Yo siempre le creí que no era pirata!

Desde aquel instante Serafina sólo tuvo un pensamiento: Salvar a Jonathan del patíbulo. Si era preciso rogaría a su padre, le suplicaría, inventaría cualquier cosa; todo antes que consentir que le ahorcase.

Poseída por esta resolución corrió adonde debía celebrarse la ejecución y llegó en el momento en que Pánfilo iba a sacar el patíbulo. Desde antes de llegar gritó con todas sus fuerzas para que la oyesen:

— ¡Alto!... ¡Ese hombre no es ningún pirata!

Todos se volvieron extrañados de las palabras de Serafina, y

ésta, en cuanto llegó, le dijo a su padre:

— Padre, ese hombre ha dicho verdad. No es ningún pirata, es un profesor de baile.

Pánfilo hizo un gesto de contrariedad al ver que Serafina le había echado a perder todo lo que él con tanto esmero había preparado, y el Alcalde se echó a reír al oír a su hija diciéndole:

— Hija mía, eso lo dice él para salvarse.

— Es cierto — protestó Jonathan —; yo no soy ningún pirata. Soy profesor de baile.

Pero el alcalde, que no estaba dispuesto a dejarse vencer en aquella ocasión por el capricho de Serafina, se volvió a él y le respondió:

— Usted no parece profesor de baile... ¿Cómo se atreve usted a decir que es bailarín?

— Lo soy y puedo probarlo — insistió Jonathan, que veía una esperanza de poder salvar su vida.

— ¡Probarlo! — exclamó despectivamente el alcalde —. Eso es una ridiculez.

Pero Serafina estaba dispuesta a todo trance a salvar la vida de aquel hombre que tan simpático le había sido desde el primer momento, y replicó a su vez:



-¿Cuando me rodeó
con el brazo era parte
del baile?



-¡Afila los machetes
o te degüello!



- Hay que hablarlo
con abandono.



- ¡Yo, don Emilio Sa-
lazar y Pereda, dedico
mi espada...!



Pronto se llenó la
plaza de parejas.



~ Usted no me parece
ningún bailarín.



- ¿Está satisfecho con
su cabalgadero?



- ¿Querría enseñarme
a volar?



-¡Que se atreva
alguien a impedir
la boda!



La hija de don Emilio
llegó ataviada con su
traje de novia.



El capitán Ballazar
rodó por el suelo.



Jonatha no compren-
día el dolor de la
pobre joven.



- Ni yo mismo lo hubiera podido hacerlo mejor.



linele en un jumento desapareció del pueblo.



El mismo alcalde unió
a los dos jóvenes.



Había cambiado el
paraguas por la
espada.

—No veo la ridiculez... Déjale probarlo, papá. Si no lo haces eres injusto.

Aquella sospecha determinó por completo la actitud del alcalde. El podía consentirlo todo menos que creyesen que era injusto en sus determinaciones, y por lo mismo exclamó como si le hubiera picado una alimaña.

—¿Injusto yo? ¿Cómo dices eso, tú, mi propia hija?—Y levantándose a continuación se dirigió al reo y le ordenó: Como alcalde de Las Palomas, le ordeno probar esa falsedad... Si no es bailarín le haré algo peor que ahorcarle.

Seguidamente dió orden a los músicos para que empezaran a tocar, y Jonathan tuvo que ponerse a bailar, pero difícilmente por estar sujeto por la cuerda que había de servirle para ejecutarlo. Lo hizo saber al alcalde, y éste dió orden de que lo liberaran de ella.

De esta forma pudo Jonathan probar ampliamente de que no solamente era un profesor de baile, sino que lo era de los mejores, y el público que se había congregado para verlo ahorcar empezó a aplaudirlo entusiásticamente, hasta que al fin terminó

entre los aplausos de todos, y el alcalde le dijo enfadado:

—Debería darle vergüenza, ser un bailarín tal y dedicarse a la piratería. ¡Merece ser ahorcado!

Y dirigiéndose a Pánfilo que aun estaba en las gradas del patíbulo, le preguntó:

—¿Está preparado todo?

—Sí, señor—respondió el criado y carcelero.

Jonathan se vió otra vez perdido, pero cuando menos se lo esperaba, Serafina subió al patíbulo, con gran contrariedad de Pánfilo que le dijo:

—¡En el patíbulo no necesitamos mujeres!

Pero ella, sin hacerle caso, se dirigió al bailarín y le preguntó:

—¿Qué bailes enseña?

—Casi todos—respondió él—, El minuet, el vals...

—¿El vals? — preguntó entusiasmada Serafina, al oír el nombre de aquel baile que hacía furor en el mundo entero. Y volviéndose a su padre que la había seguido hasta el patíbulo, le dijo como queriéndole dar a entender toda la importancia que aquel baile tenía:

—Sabe el vals, papá... Aplaza la ejecución para que me lo enseñe.

Su padre estaba decidido a complacerla, pero temía que los demás del pueblo le tildaran de débil, y protestó diciéndole:

—Eres injusta, Serafina. La mayoría soberana exigen que le ahorquen.

—¡No es cierto! — exclamó ella. Y su padre, para demostrarle de que lo que decía era verdad, se dirigió a los hombres que se hallaban allí reunidos y les preguntó:

—¡Hombres de Las Palomas! ¿Le ahorcamos?

Un grito afirmativo fué la contestación a la pregunta. Mas Serafina, dispuesta a todo trance a ganar tiempo para poder salvar su vida, se dió cuenta de que había más mujeres que hombres y se dirigió a ellas diciéndoles:

—¡Mujeres de Las Palomas! Sabe el vals... ¿Le ahorcamos?

Todas contestaron negativamente, y entonces Serafina se volvió sonriente a su padre y le dijo:

—La mayoría impone su fallo.

El alcalde, ante tal determinación, no tuvo más remedio que acatar la voluntad de las mujeres, y se dirigió al pueblo diciéndole:

—¡Hombres de Las Palomas, ya habéis oído la voz del pueblo!

¡Siga la fiesta! ¡La ejecución se pospone de momento!

Todos se fueron alegremente para continuar la fiesta por las calles de la población, y al ir a bajar Serafina, Jonathan intentó detenerla diciéndole:

—Señorita, no sé cómo agradecerle...

Ella se volvió rápidamente y sin querer demostrar el verdadero interés que sentía por él le respondió:

—No me lo agradezca y enséñeme el vals.

Jonathan bajó del patíbulo para dirigirse otra vez a la cárcel, mientras que Pánfilo le decía al alcalde:

—Lo siento... Todo lo preparé yo y le hubiera gustado mucho.

—De seguro que sí—respondió el alcalde pensativo por no haber podido presenciar la ejecución y haber sabido a qué atenerse para otro caso análogo que se le hubiese presentado—. ¿Qué pensabas hacer?

—Venga y lo verá—le respondió Pánfilo. Y al mismo tiempo que hablaba iba haciendo cuanto decía. Llevó al alcalde debajo del palo del patíbulo y rodeándole el cuello con la cuerda le dijo a continuación:— ¡Iba a ponerle la soga... Luego iba a con-

tar ¡uno!... ¡dos!... ¡tres!... Después iba a sacar el pañuelo así...

Y al sacarlo, el que estaba en el otro extremo de la cuerda, sin

darse cuenta de que era el alcalde el que estaba sujeto, tiró de la sogá y, gracias a la rápida intervención de Pánfilo, el pobre don Emilio no murió ahorcado.

LA PRIMERA LECCION

Aquella noche Jonathan se había vestido elegantemente y esperaba el ser llamado por la hija del alcalde para darle la primera lección de baile. Serafina por su parte también se había engalanado, como si fuera a una cita de amor. Con un esmero exquisito, con un verdadero interés, la joven cuidó de su tocado para que su belleza adquiriera el máximo realce. Se miró varias veces al espejo y, satisfecha de su examen, no pudo menos que suspirar lánguidamente, pensando en el simpático profesor de baile a quien vería dentro de poco.

Hasta ella llegaron las notas de una bella canción californiana, y llamó a su dueña diciéndole:

—Vamos abajo... Mi padre me estará esperando.

Acompañada de la dueña, salieron al jardín de la casa, donde varios músicos provistos de guitarras ejecutaban una bella danza española. Serafina, impresionada por la música, le dijo a su dueña:

—Dame las castañuelas.

Segundos después, en posesión de ellas, Serafina se lanzó a bailar aquella danza, poniendo en ella todo el romanticismo de que estaba impregnada su alma. Desde los primeros compases se adivinaba que Serafina tenía un alma de verdadera artista. Sus pies apenas si tocaban el suelo y sus vueltas rápidas y difíciles

daban la impresión de que su cuerpo no poseía más que articulaciones. Sus brazos, unas veces elevados hacia la cabeza y otras rodeando su fino talle, parecían dos serpientes que se enroscaban a su cuerpo, o dos palomas que revoloteaban sobre su cabeza.

Jonathan salió en aquel instante, acompañado de dos hombres que lo custodiaban, y quedó parado y asombrado ante el ritmo armonioso que Serafina sabía imprimir a aquel baile. Cuando hubo terminado se acercó a ella y le preguntó amablemente:

—¿Aun desea aprender el vals?

Ella le miró con sus grandes ojos rasgados. Ojos en los que brillaba un fuego abrasador y que denotaban la intensa pasión que podría sentir un alma como la de Serafina. Al fin le contestó con alguna extrañeza:

—Usted dijo que me lo enseñaría...

—Cierto — se apresuró a responder Jonathan.

—¿Acaso le arranqué del patíbulo por gusto?—intervino el alcalde.

—De ningún modo—contestó Jonathan sonriendo—; le enseñaré el vals.

Pero antes de que pudiera ha-

cerlo, el alcalde llamó a su fiel servidor y le preguntó:

—Pánfilo, ¿le has registrado por si tiene armas?

—Está desarmado—respondió Pánfilo, quien volviéndose para los otros hombres que había llevado consigo les ordenó—: Estar de centinela a la puerta.

Jonathan sacó su caja de música, mientras que el alcalde le advertía severamente:

—¡Cuidado con dar un paso en falso!

Serafina miraba curiosamente la cajita de música de Jonathan, y éste le explicó:

—Yo traigo aquí la música apropiada.

Comenzó a sonar los primeros pasos del vals, y Jonathan, acercándose a Serafina, empezó su explicación diciéndole:

—Este baile hay que atacarlo con cierto abandono.

—¿Con abandono?—preguntó alarmado el alcalde, sin comprender las palabras de Jonathan. Y dirigiéndose a su hija le advirtió—: Recuerda que eres una Salazar.

Jonathan se puso frente a Serafina y siguió su explicación diciendo:

—El galán A da la cara a su pareja B. Entonces el galán A

rodea con su brazo el talle de la pareja B.

Mas al rodear con su brazo el talle de Serafina, ésta tuvo presente de que era una Salazar, y creyendo que el profesor era un aprovechado, le dió una sonora bofetada. Jonathan, extrañado por la actitud de la joven, no pudo menos que exclamar, para justificar su acción:

—Pero, señorita... ¡el vals es un baile íntimo!...

—¿Íntimo? — preguntó indignado el alcalde, creyendo como su hija que el profesor se habla propasado—. ¡A la cárcel!... ¡Mañana le ahorcarán!

Jonathan que cada vez podía salir menos de su asombro, le respondió justificándose:

—Esto mismo hice con cientos de mujeres.

Los celos atormentaron a Serafina al oír que lo mismo había hecho con cientos de mujeres. Si siquiera no lo hubiera hecho con nadie más que con ella tal vez le hubiera perdonado, pero hacerlo con otras... ¡Eso no tenía perdón de Serafina, que no podía negarse a sí misma de que estaba enamorada de aquel hombre! Desilusionada por aquellas palabras, que eran una verdadera

confesión, le dijo a su padre, cuando se hubieron llevado a Jonathan:

—Acertaste, papá, es un pirata.

Y mientras que el pobre Jonathan se hallaba en la cárcel, Serafina quiso ensayar con su dueña los pasos del baile que había aprendido. Mas al ir a bailar lo se dió cuenta de que era imprescindible cogerse a Blanca, si es que lo quería bailar, y esto la hizo sospechar de que tal vez Jonathan tuviera razón al decir que había que rodearla el talle, y que no hizo otra cosa que seguir las reglas del baile. Por lo mismo quedó unos segundos pensativa, hasta que finalmente le dijo a su dueña:

—¿Será quizás que el vals se baila así?

—Ya creo que sí—la respondió la dueña.

Pero Serafina se quería asegurar del todo, y por lo mismo corrió a la celda donde estaba encerrado Jonathan, le hizo salir de ella y le preguntó humildemente:

—Dígame, cuando me rodeó por el talle, ¿era parte del baile?

—Sí, señorita—contestó Jonathan—; el vals es un baile de vueltas... Hay que bailar lo con abandono...

—¿Quiere enseñarme otra vez a valsar?

—Con mucho gusto—respondió Jonathan.

Y acto continuo se pusieron a bailar en medio de la plaza, aprovechando la fuerte luz de la luna y el acompañamiento de unas guitarras.

El eco de aquella música desconocida para casi todos los habitantes de Las Palomas dió lugar a que empezasen a abrirse ventanas y balcones y que se asomasen los vecinos, quedando entusiasmados al ver bailar a Serafina y a Jonathan. Como había supuesto el profesor, no le fué nada difícil enseñar a Serafina, y a los pocos minutos bailaba y se dejaba llevar como si fuera una maestra consumada.

Tanto entusiasmo a los vecinos de Las Palomas aquel baile, que poco a poco fueron apareciendo por las diferentes calles que desembocaban en la plaza infinidad de parejas que, tomando ejemplo de la hija del alcalde, se pusieron a bailar hasta quedar la plaza convertida en un verdadero salón de baile.

También el alcalde se había asomado al balcón, y al ver el maravilloso espectáculo que pre-

sentaba la plaza, no pudo menos que sonreír satisfecho. Su orgullo de padre se hallaba satisfecho al ver los progresos que había hecho su hija en aquel nuevo baile, sin pensar que el milagro lo había realizado casi por completo el amor que Serafina sentía por el profesor, y el deseo de aparecer ante él como una consumada artista.

Cuando más animado estaba el baile, cuando las parejas se multiplicaban saliendo por todas partes y realizando circunferencias al rededor de la pareja principal, o bien figuras geométricas de una estética admirable, sonó un clarín y todos se detuvieron inmediatamente.

Por el camino que conducía a las afueras del pueblo apareció un pelotón de soldados a cuya cabeza iba el capitán don Baltasar, el hombre a quien todos temían como si fuera el mismo diablo. Su llegada fué recibida con unas muestras de respeto que más bien parecían de hostilidad, aun cuando se guardaron mucho de exteriorizarlas.

La extrañeza de don Baltasar no pudo menos que extrañar a todos a aquellas horas de la noche, aun cuando ellos ignoraban el verdadero motivo, y que era

muy diferente al que todos suponían.

Don Baltasar en aquellos momentos no venía en asuntos de servicio, sino que venía huyendo del gobernador de Monterrey.

Era el capitán Baltasar hombre ambicioso, no tenía más amor que el de la riqueza, y había cometido en Monterrey varios robos que, al llegar a oídos del gobernador, quiso éste castigar. Para evitar este castigo y aprovechando la noche, el capitán huyó de Monterrey y se lanzó al campo con el propósito de aprovecharse de la ignorancia de algunas pequeñas poblaciones, y apoderarse del dinero que en ellas hubiera. Quería, después de realizadas estas hazañas, hacer frente al gobernador y hacerse fuerte en alguna de aquellas poblaciones.

Para esto último reclutó gente entre la tropa a sus órdenes, y una vez de acuerdo con aquellos malos soldados, se dirigió hacia Las Palomas, pensando en Serafina y en la fortuna de su padre.

La tropa, una vez que suspendieron el baile, avanzó hacia la casa del alcalde, y don Emilio se apresuró a saludar al capitán diciéndole:

—¡Don Baltasar! ¿Qué azar afortunado le trae por aquí?

—Los azares de mi vida militar—respondió el otro.

—¿Qué hay por Monterrey?—siguió preguntándole el alcalde.

—¿Y mi amigo el gobernador?

El capitán se retorció el higo-te antes de responder, y al fin eludió una respuesta categórica, diciéndole:

—No pude verle. Salí de allá precipitadamente.

El alcalde creyó que su salida precipitada se debía al haber tenido noticia del ataque de los piratas a Las Palomas y mirando a Jonathan exclamó:

—¡Ah, ya comprendo! ¿Cómo lo supo tan pronto?... Este es el prisionero que cogimos e íbamos a ahorcarlo aquí.

—¿A ahorcarlo? — preguntó don Baltasar que no sabía de qué se trataba, como es natural.

—Todo estaba preparado—siguió diciéndole el alcalde—; pero es mejor bailarín que pirata.

El capitán se había dado cuenta por la actitud de Serafina, al lado de Jonathan, de que a ésta no le era indiferente el bailarín. Esto venía a estorbar sus planes matrimoniales con la hija del alcalde, y a entorpecer el que él pudiera entrar en posesión de la

gran dote de Serafina, por lo que dijo mirándole severamente:

—¿Conque pirata, eh?

—En vista de todo ello—siguió diciéndole el alcalde—resolvimos no ahorcarle aquí... ni debieran hacerlo en Monterrey tampoco... Yo creo que no es necesario.

—Eso lo decidirán las autoridades competentes—respondió el capitán, quien pensó que lo mejor era deshacerse de aquel rival.

—Claro está—replicó el alcalde—. Se lo entregaré a usted... No hay más remedio.

El capitán se volvió a uno de sus hombres que hacia las veces de oficial y le ordenó:

—Hágase cargo del prisionero y condúzcalo a la cárcel.

Jonathan se vió de nuevo hecho prisionero por los hombres que llevaba el capitán y al ser conducido dirigió una mirada a Serafina, quien, con la vista también, le dió a entender que ella velaría por él para que nada le ocurriese.

Poco a poco todos los que se hallaban en la plaza fueron desfilando y el capitán esperó que se acercara Serafina, que en aquel momento fué a saludarle diciéndole:

—¡Cuánto gusto en verle por aquí, capitán!

—Muy encantado, señorita Salazar—respondió el capitán, sin darse cuenta de que Serafina empezaba a poner en práctica un plan que había concebido para evitar que el prisionero fuera conducido a Monterrey en calidad de pirata.

—¿Se quedará aquí mucho tiempo? — le preguntó Serafina sonriéndole deliciosamente.

—Solamente el preciso — dijo el capitán, entusiasmado por el recibimiento de la joven.

—Venimos de paso en comisión de servicio... Si nos dan provisiones nos marcharemos inmediatamente.

—¡De ninguna forma! — protestó Serafina—. No volverán a Monterrey sin que antes les obsequiemos.

El capitán Baltasar vió en aquel ofrecimiento que se le allanaba el camino para la meta donde él quería llegar y repuso inmediatamente aceptando el ofrecimiento.

—Eso me complacerá infinitamente.

El oficial que acompañaba al capitán se acercó a él y aprovechando un momento en que el

alcalde hablaba con su hija, le advirtió:

—Pero, mi capitán, tenemos que irnos.

Serafina se volvió en aquel instante al capitán e insistió diciéndole:

—¿Tendremos entonces el honor de tenerlo de huésped en mi casa?

—Todo el tiempo que usted guste, señorita—le dijo don Baltasar cada vez más ilusionado con la propuesta de Serafina.

Y mientras que el capitán, el alcalde y su hija entraban en la casa, los soldados que habían llegado se dedicaban a visitar las tabernas y fondas, sin pagar a nadie y abusando de los pobres vecinos de Las Palomas.

Durante todo el resto de la noche el capitán Baltasar no hizo otra cosa que galantear a Serafina. Esta se dio cuenta inmediatamente del gran partido que podría sacar en favor del prisionero de aquella galantería, y aun cuando muy a pesar suyo, hizo ver al capitán que recibía con agrado aquellas muestras de deferencia, bien a las claras dejaban entrever las verdaderas intenciones.

No obstante, Baltasar, prudente todavía respecto a la ambición

que le llevaba a Las Palomas, procuró disimular todo lo que pudo, y el alcalde se sentía satisfecho de haber podido sentar a su mesa a aquel hombre a quien creía un fiel servidor de su gobierno.

Terminada la cena, cada uno se fué a su aposento, y Blanca acompañó a Serafina al suyo para ayudarla a desnudarse. Cuando quedaron solas las dos mujeres la dueña, que también se había dado cuenta de la insistencia del capitán en galantearla, le dijo intencionadamente:

—¿Parece que el capitán don Baltasar os mira muy cariñosamente?

Serafina se la quedó mirando fijamente y al fin le preguntó a su vez:

—¿Qué te parece el capitán don Baltasar?

Blanca, sin atreverse a exteriorizar sus verdaderos pensamientos, le repuso:

—Es un hombre muy arrogante... Le sienta muy bien el uniforme.

—No me refiero a eso—le volvió a decir la joven—. ¿Digo qué te parece como marido?

La pobre dueña, a pesar de la confianza que tenía con su señorita, no quiso responder a la pre-

gunta, y fué entonces Serafina quien se expansionó con ella diciéndole:

—Por nada del mundo me casaría con él.

La dueña abrió extrañada los ojos ante aquellas palabras y no pudo ménos que exclamar:

—Sin embargo, habéis estado con él muy deferente... Casi creí que os agradaba.

—De ninguna forma—protestó Serafina—. Todo lo hice para evitar que a Jonathan le pudiera ocurrir algo malo. Quiero evitar que se lo lleven a Monterrey, y el capitán me ha de servir para ello.

—¡Niña!—le regañó cariñosamente la dueña—. Eso es jugar con un hombre, y no se debe hacer.

—¿Y crees tú que se puede jugar con el corazón?... Yo estoy enamorada, Blanca... Estoy enamorada del profesor de baile; creo que me enamoré el mismo día que lo vi por primera vez.

—¿Y qué dirá don Emilio cuando lo sepa?

Serafina se encogió de hombros y sonrió confiadamente antes de responderle:

—No creo que se oponga. Mi padre quiere, antes que nada, mi felicidad y por nada del mundo

me obligaría a casarme con un hombre sabiendo que con él iba a ser desgraciada... De eso estoy segura.

—¿Pero cuando sepa que el elegido es un bailarín...?

—Me dará su consentimiento. ¿Qué importa quién sea el hombre, si ha de hacerme dichosa? ¿Tú crees que el profesor me ama?

—¿Y quién sería capaz de decir lo contrario? El es hombre, al parecer, de buen gusto, y no puede por menos que amar la belleza.

—Gracias, Blanca — exclamó Serafina abrazándola—. Me haces muy feliz con esa creencia tuya.

Se acostó en su lecho y despidió a la dueña diciéndole:

—Apaga todas las luces... Quiero soñar con mi profesor de baile.

A la mañana siguiente el alcalde empezó a darse cuenta de las incomodidades que lleva consigo el alojar en la propia casa a un huésped, y mucho más cuando se trata de un huésped para quien la etiqueta no existe.

El capitán Baltasar lo primero que hizo al despertarse fué dar orden de que le preparasen el baño. En toda la casa no ha-

bía más que uno y era el que usaba el alcalde, por lo que éste se vió obligado a tenerse que bañar en una jofaina.

Y estas incomodidades fueron prolongándose a medida que iban pasando los días, puesto que parecía que el capitán no tenía ninguna prisa para salir del pueblo. Mucho más cuanto que era la misma Serafina la que siempre le solicitaba que prolongase su estancia allí.

Esta insistencia por parte de la joven, era considerada por el capitán como un desecho de tenerlo a su lado y no pudo por menos de hacerle concebir grandes ilusiones respecto al plan que le había llevado a Las Palomas.

Una mañana se hallaba bañándose el capitán, acompañado de su oficial, y le dijo a éste:

—Buena vida se da el alcalde, ¿verdad?... ¡Qué hospitalidad!

—Sí, buena hospitalidad, pero ya hay que pensar en marcharnos. Usted dijo que nos quedaríamos un par de días, y ya llevamos dos semanas.

—¡Como si fuesen dos años— volvió a decirle el capitán—. Yo no abandono 400.000 acres de tierra.

El oficial lo miró intencionalmente y respondió:

—Esas tierras no serán de usted en tanto que el pirata siga sus leccioncitas.

El capitán pensó que en eso tenía razón su oficial. Jonathan no dejaba pasar un día sin dar lecciones a Serafina, y en aquellas entrevistas los dos jóvenes terminaron por sentir el uno por el otro una verdadera pasión amorosa, de esas que saben hacer frente a todos los obstáculos.

Diariamente Jonathan era sacado de la cárcel y conducido a la casa de Serafina, donde seguía enseñándola a bailar el vals, y en aquella hora que se hallaban juntos, mientras bailaban sus ojos se decían todas aquellas promesas de amor que sus labios no se atrevían todavía a pronunciar.

El capitán, pensando en la razón que tenía su oficial al expresarse de aquel modo, le dijo:

—Usted va a llevar a ese pirata a Monterrey.

El oficial le miró extrañado. Sabía que ninguno de los dos podía volver a aquel sitio y exclamó extrañado:

—¿Está usted loco?... ¡No podemos volver allá!

—Claro que no, hombre— exclamó riendo el capitán, al mismo tiempo que le guiñaba mali-

ciosamente un ojo—. El Monterey que yo digo cae cerca del cementerio...

El oficial sonrió a su vez, comprendiendo las intenciones del capitán, y siguió rascando suavemente la espalda de su jefe con una mano de marfil del alcalde y de la que se había apoderado.

Mientras tanto, el alcalde, metido en una jofaina, protestaba de su situación desde la llegada del capitán y le decía al criado que le ayudaba a bañarse:

—¿Está bien que un hombre de mi alcurnia se bañe en una jofaina?

El criado no se atrevió a decirle nada ni hacer ningún comentario, aunque no le faltaban ganas de hablar mal del capitán, y el alcalde, una vez secado, siguió diciéndole:

—¿Y mi rascador dónde está?

—Don Baltasar está usándolo —le respondió el criado, hacien-

do uso de uno de madera que había encontrado.

Don Emilio se sintió nuevamente molesto y exclamó:

—¿Qué espalda es más importante, la del amo o la del invitado?

—Supongo que la hospitalidad es antes que la propia piel—le respondió el criado rascándole suavemente la espalda.

El alcalde sentía aquella caricia sobre la espalda y esto le ahuyentó el mal humor, hasta que por fin terminó diciendo:

—Claro que es un Noriga... Un visitante muy distinguido... Al fin y al cabo, es muy simpático.

Y de esta forma, sufriendo pacientemente las muchas molestias que le causaba su invitado, el alcalde siguió padeciendo tranquilamente las inconveniencias del capitán.

EL CASTIGO DEL CAPITAN

El capitán Baltasar había pretendido varias veces llevarse al prisionero, pero Serafina siempre se opuso a su deseo, con el pretexto de que todavía no había aprendido el baile y necesitaba tenerlo allí.

En vista de ello el capitán se veía imposibilitado de desprenderse de aquel que él consideraba un majadero y para ver la manera de hacerlo, sin que Serafina ni nadie pudiera achacarle su muerte, ideó un castigo que pronto terminaría con la vida del profesor de baile.

Había en la cárcel del pueblo un molino de una enorme piedra, y allí era donde se llevaba a los criminales para hacerles su-

frir el tormento de estar continuamente trabajando. Consistía el trabajo en dar vueltas a aquella piedra, como si fuera una noria. El peso de aquella era tan grande que se necesitaban dos hombres forzudos para poderla mover. Era casi seguro de que el hombre que estuviese allí más de una semana, terminaba agotado de tal forma que no duraba muchos días.

El capitán, para acabar con Jonathan, lo llevó allí y tuvo que hacer compañía el profesor a otro prisionero que ya había en esta cárcel. Se trata de Tecolote, un antiguo jefe indio, a quien todavía seguían numerosos guerreros de su pueblo y que, acu-

sado por unos hombres blancos, sufría aquel cautiverio desde hacía unos días.

Jonathan pronto trabó amistad con el anciano y, conolido por su edad, era él quien casi siempre movía el molino, evitando de esta forma el cansancio del jefe indio. En muchas ocasiones Tecolote le había dicho:

—Tú no eres lo mismo que los otros blancos.

—¿Por qué? — le preguntaba Jonathan.

—Porque tú tienes compasión de mí, aunque yo no quiero que nadie me compadezca. Yo soy un jefe de valientes y sé morir.

—Pero no debes morir aquí como un burro—le respondía Jonathan—. Los valientes mueren en los campos de batalla.

—Es verdad—suspiraba el viejo—. Muchas veces he pensado que si salgo de aquí, mis hombres asaltarán Las Palomas.

—No debes hacerlo — trataba de persuadirlo Jonathan—. Los hombres de Las Palomas no son malos, el malo es el capitán.

—A ti tampoco te quiere—le advertía el viejo—. La única que te quiere es la niña.

Para él la niña era Serafina. El viejo indio había observado que muchas veces ella había ve-

nido a la cárcel y al verlo en aquella situación, había hecho parar el trabajo para hablar con él.

—La niña está enamorada de ti y tú la quieres—le dijo el indio.

—Es una cosa imposible—respondió el profesor—. Yo soy un prisionero como tú y nada puedo pretender.

—El amor es más fuerte que la misma vida—le dijo el indio.

—Cuando salgas de aquí, ve a mi tribu y ellos te ayudarán a llevártela.

Y en estas conversaciones pasaban muchas horas, mientras que Jonathan, dando muestras de una fuerza hercúlea, movía la gran piedra sin que el indio hiciese ningún esfuerzo.

Aquella mañana estaba el capitán esperando que viniese Serafina, para dar un paseo a caballo, y al fin esta se presentó, vestida de amazona, pero diciéndole:

—Malas nuevas, capitán.

—¿Qué sucede? — preguntó don Baltasar temiendo que se hubiese sabido su acción en Monterrey.

—Que Blanca se ha torcido un tobillo y no puede acompañarnos—le dijo Serafina.

El capitán al saber de qué se trataba, sonrió galantemente y le dijo:

—Siento lo del tobillo por Blanca, pero me alegro porque así la veré a solas, antes de irme.

Serafina al oír que intentaba marcharse y segura de que se llevaría con él a su profesor de baile, trató de persuadirlo para que se quedara y le dijo extrañada:

—No hable de irse... Insisto en que se quede.

—¿Es eso una orden? — preguntó sonriendo el capitán.

Serafina se dio cuenta de que había ido más allá de lo que la buena educación ordenaba y corrigió seguidamente:

—Es un ruego... de mi padre.

Pero el capitán, que quería hacerla declarar que era deseo suyo, le respondió:

—Yo sólo obedezco a mis superiores... ¡Deme usted la orden!

Serafina sonrió coquetamente. Comprendió que no tenía más remedio que seguir jugando con la confianza de aquel hombre y le dijo:

—Quédese, por favor.

—¿Se sentirá dichosa si me quedo?—le preguntó insinuante el capitán, a lo que ella respondió:

—Más de lo que quisiera darle a entender.

El mismo capitán la ayudó a subir a caballo y, una vez montada Serafina, guió hacia el lugar donde estaba la cárcel, en la cual se hallaba Jonathan, con el fin de verlo antes de salir del pueblo.

Pero mientras ellas habían estado hablando en la puerta de la casa del alcalde, un acontecimiento vino a poner de relieve ante los ojos del capitán el extraordinario interés que Serafina sentía por el bailarín.

Se hallaba éste trabajando en unión de Tecolote, cuando le dijo al jefe indio:

—Siéntate, Tecolote, que estás cansado.

El viejo, temiendo que aquella ayuda pudiera molestar a los soldados que los custodiaban, intentó oponerse y le dijo:

—No, que ayer por poco te sorprenden ayudándome.

—No importa, deja que yo haga esto solo. Tú avísame si vienen los soldados.

El viejo se sentó en una piedra que había allí y mientras tanto Jonathan siguió trabajando.

Segundos después apareció Pánfilo con la comida. Serafina tenía buen cuidado de que la co-

mida que se le sirviera al prisionero fuera exquisita y ella misma se cuidaba de dar las órdenes a la mujer de Pánfilo para que ésta tuviera especial cuidado de que nada le faltase.

Pánfilo se acercó adonde estaba Jonathan y le detuvo diciéndole:

—Aquí tiene la comida de hoy... Arroz con pollo... Coma usted y mientras yo le relevaré.

Pero al querer hacer andar la rueda vió que no tenía fuerzas suficientes y Jonathan tuvo que ayudarle. Al pasar por donde estaba Tecolote, Jonathan le dió la comida para que el pobre viejo reparara sus fuerzas, y en esto llegaron los soldados, quienes al ver la comida que les habían servido a los prisioneros, se la quitaron diciéndoles:

—Esto es demasiado bueno para los prisioneros... ¡A la rueda!

Mas Tecolote, cuyo odio no tenía límite, al ver que los soldados se llevaban la cazuela con la comida, cogió una cuerda que había cerca de él y haciéndola funcionar como si fuera un lazo, la arrojó a los pies del que llevaba la cazuela. Al dar un paso el pie del soldado quedó enredado en el lazo y cayó al suelo, haciéndose añicos la cazuela

y desperdiciándose toda la comida.

Aquel acto dió lugar a que los soldados se arrojaran sobre el viejo y comenzaran a pegarle despiadadamente. Jonathan sintió la indignación que le producía aquello y sin poderse contener se lanzó sobre uno de los soldados a quien de un puñetazo le hizo rodar por tierra.

Al ruido que se formó, acudió el oficial y al ver lo que había hecho Jonathan dió orden de que lo sujetaran mientras que él comenzaba a abofetearlo bárbaramente.

Precisamente en este instante fué cuando apareció Serafina, acompañada del capitán. Al ver lo que estaba haciendo el oficial, sin poder reprimir el dolor que le causaba y su indignación, con el mismo látigo que llevaba para su caballo le cruzó la cara al oficial gritándole:

—¡Miserable! ¿Es así cómo trata usted a los prisioneros?

El capitán intervino reconciliador y preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

Uno de los soldados explicó cuanto había pasado, pero desde luego dando toda la culpa a los prisioneros. Afortunadamente estaba allí Pánfilo para poner las cosas en claro, y cuando terminó

de hablar, Serafina volvió a dirigirse al oficial diciéndole:

—¡No quiero que pasen hambre!... ¿No le mandé tratar bien a los prisioneros?

—Es que éste debería estar ya ahorcado — respondió el oficial señalando a Jonathan.

También lo creía así el capitán, pero comprendía que de hacerlo perdía la estimación de Serafina y respondió:

—Eso lo decidirán en Monterrey.

Y al mismo tiempo que hacía una seña a su oficial, terminó ordenándole:

—Condúzcalo hoy mismo allí.

Serafina advirtió la seña del capitán y temiendo por el profesor se apresuró a decirle:

—¿Y mis lecciones de baile?

El capitán en aquella ocasión no estaba tan propicio a seguir los deseos de Serafina. El acto que tan espontáneamente había realizado le decía bien a las claras que mientras que el prisionero estuviera allí y se viera con ella todas las noches, representaba un gran inconveniente para dejar zanjado su idea de casarse con la muchacha. Por lo mismo se negó a la pretensión de Serafina diciéndole y disculpándose a la vez:

—Lo siento, pero ya debí ha-

berlo mandado allá y cumplir así con mi obligación.

Mas Serafina no se dejaba ganar la partida tan fácilmente, y a pesar de la rotunda negativa del capitán, insistió diciéndole:

—¿Podría darme esta noche la última lección?

—Debe salir ahor amismo para Monterrey—contestó el capitán.

Serafina adoptó un aire de enojada y replicó:

—Creía que seriais más galante, capitán. Sabéis que solamente me hace falta una lección para terminar mi aprendizaje y os negáis a ella. ¿Qué más os da que el prisionero salga hoy que mañana? Total es cuestión de unas horas.

Don Baltasar meditó unos segundos. Comprendió que después de todo nada importaba unas horas más y terminó accediendo a la petición de Serafina, que le dijo:

—Gracias, capitán... Siempre os tuve por un hombre ideal.

Picó espuelas a su cabalgadura y se alejaron de allí, mientras que los soldados volvían nuevamente a los prisioneros a la rueda.

El paseo fué corto aquella mañana. El capitán en muchas ocasiones trató de hablar de su pre-

tendido casamiento y Serafina, con una coquetería que parecía verdaderamente extraña en ella, le dejó entrever su consentimiento, pero sin decirle nada en concreto.

Y para evitar que la pudiera obligar a una promesa formal, justificó su rápido regreso con la impaciencia que le causaba el malestar de Blanca, y de aquella forma se vió libre todo el día para poder llevar a la práctica el plan que había ideado antes que permitir que el capitán pudiera llevarse a Jonathan.

Cuando se encontró sola en su casa mandó llamar a Pánfilo y le dijo:

—Necesita que me prestes un gran favor.

—Ordene usted, señorita—respondió el fiel criado, que adoraba a la chiquilla.

—Es preciso que el profesor de baile se escape esta noche.

—¿Lo sabe su papá?—le preguntó Pánfilo.

—No lo sabe nadie más que tú y yo.

Pánfilo quedó en silencio unos segundos, como demostrando que no se atrevía a hacer lo que le pedía y Serafina que le vió dudar le dijo:

—Si no quieres hacerlo, puedes decírmelo... Yo encontré

quien lo haga... Siempre créi que me querías.

—Y es verdad—respondió Pánfilo—. Yo haré lo que usted dice. Ahora mismo prepare todo para que esta noche pueda huir él y Tecolote... El pobre se moriría allí y además puede serle útil al profesor.

—Te advierto que es preciso que nadie sepa nada de esto—le advirtió ella.

—Nadie sabrá nada, señorita—le dijo Pánfilo sonriendo maliciosamente y dándole a entender a Serafina que se daba cuenta del amor que ella sentía por Jonathan.

Después de esto Serafina esperó que Pánfilo volviera a decirle si todo estaba dispuesto y cuando el criado aquella tarde le dijo que la escapada de Jonathan estaba preparada, Serafina suspiró con mayor tranquilidad.

—Es preciso que lo dejen solo los soldados que lo traen aquí—le dijo Pánfilo.

—De eso ya me cuidaré yo—respondió Serafina.

Se fué Pánfilo y la joven llamó a su dueña diciéndole:

—He preparado la huida del profesor.

—¡Muy bien hecho!—exclamó Blanca, a quien le era simpático

Jonathan—. Yo hubiera hecho lo mismo.

—Pero necesita que me ayudes—le dijo Serafina—. Mientras yo bailo con él, tú te llevarás los soldados a la cocina para invitarlos a beber, de esa forma Jonathan podrá escaparse sin que ellos le vean.

Y acordada de esta forma la huida de Jonathan, Serafina esperó ya tranquilamente el momento de ponerla en práctica.

Jonathan ignoraba cuanto Serafina estaba tramando en su favor. Unicamente retenía en su mente la acción de la joven aquella mañana y sonreía ante el recuerdo de la belleza de su alumna que había conseguido apoderarse de su corazón. ¿Qué no hubiera hecho él por merecer aquel amor, por sentirse amado de ella y poder disfrutar libremente de aquella dicha que tanto ansiaba su alma? Pero su situación era bien difícil. Se hallaba prisionero y en manos de un hombre a quien presentía como un enemigo irreconciliable. Estaba seguro de que el capitán le habría ahorcado de buena gana de no ser por Serafina, y esperaba el momento de aquella última lección con la misma ilusión que el enamorado esperaba la hora de la cita con la amada.

Cuando la noche llegó, los soldados que custodiaban a Jonathan se acercaron a él y le dijeron de malos modos:

—Vamos... Hoy será la última lección que darás a la hija del alcalde.

Jonathan no pronunció palabra. Estaba ya arreglado para cuando le avisasen y se dejó conducir por los soldados a la casa de Serafina, quien ya lo esperaba en la sala de baile.

Comenzaron los jóvenes a valsar en presencia de la dueña y de los dos soldados que custodiaban la puerta, hasta que Blanca exclamó, como si estuviese molestada porque estuvieran allí los soldados:

—¿Se requieren tres dueñas para una sola pareja?

Los soldados no respondieron siquiera a la pregunta de la dueña y ésta volvió a decirles:

—Creo que no es necesaria vuestra presencia aquí, máxime cuando hay pollo asado y buen vino en la cocina.

Los soldados ante la promesa de aquella cena no pusieron ningún inconveniente en seguir a la dueña y se fueron, dejando solos a los dos enamorados. Apenas habían salido cuando la cajita de música que siempre llevaba consigo Jonathan se des-

compuso y el profesor exclamó contrariado:

—Se rompió en la última danza... ¡Yo que pensaba regalárselo!... En Monterrey no habrá otro ángel que quiera aprender el vals.

Al oír el nombre de Monterrey, Serafina no pudo contenerse por más tiempo y abrazándose a Jonathan le dijo:

—¡Tú no irás a Monterrey!

Ante aquella explosión de cariño Jonathan se sintió tan feliz que no tuvo palabras con que responderle y la joven siguió diciéndole:

—Pánfilo está en el jardín... Huirás con él... No hay tiempo que perder... ¡vete!

—¿Tendré que ir solo?—preguntó Jonathan, sin hacer intención de huir.

—No—le dijo ella—, Pánfilo irá contigo.

Sin duda debió Serafina entender mal la pregunta de Jonathan cuando respondió de aquella forma, y el bailarín le dijo entonces claramente:

—No es de Pánfilo de quien yo estoy enamorado... ¡Guíame tú.

—Eso sería imposible—se opuso la joven—. ¿Cómo podría justificarme?

—La justificación es suficien-

te con que me quieras—insistió Jonathan, sin separarse del abrazo en que la tenía sujeta.

Y mientras que los dos jóvenes se confesaban por primera vez la gran pasión que mutuamente se tenían, en la bodega de la casa el capitán Baltasar hacía la petición de la mano de Serafina a su padre, después de haberle hecho beber más de la cuenta.

—El deber me trajo aquí y el amor me retiene—le decía el capitán a don Emilio, que en su estado de embriaguez exclamó:

—¡Ah, el amor!... ¡Serafina, bella flor de mi árbol genealógico!... En ella se combinan la gracia y el talento de los Salazar... con el espíritu elevado de los Salazar y el arte culinario de su madre...

Bebieron una nueva copa de vino y el capitán, astuto de por sí, exclamó, fingiendo una gran contrariedad:

—Para un hombre de mis elevados principios, veo una sola falta en ella.

Don Emilio que, en su amor a su hija, no admitía que nadie pudiera reconocerle ningún defecto, dejó la copa que tenía en las manos sobre la mesa y se quedó mirando a su invitado, que se apresuró a decirle:

—Esta falta de que le hablo, es su riqueza.

Don Emilio sintió como si le quitasen un gran peso de encima. El que su hija fuese rica, no era ningún defecto, si no todo lo contrario y, por lo mismo, exclamó, queriendo aparecer modesto:

—No piense en eso... ¿Qué son 300.000 acres de tierra?

Don Baltasar se apresuró a rectificar viendo que su futuro suegro disminuía la cantidad:

—¡Cuatro cientos mil acres dijo usted antes!

—¿Eso dije?—preguntó el alcalde sin darle importancia a la cantidad—. Bueno, digamos unos 350.000 acres.

El capitán sonrió fingiendo una gran modestia y protestó con humildad:

—Eso es demasiado para un simple soldado como yo. Y además, ¿qué voy a hacer con las 60.000 cabezas de ganado?

—Es que no son más que treinta mil—rectificó don Emilio.

—Pues usted había dicho sesenta mil hace un momento.

—¿Acaso las vacas no pueden tener terneros el año que viene?—replicó el alcalde—. Son treinta mil vacas, a ternero por cabeza, son las 60.000 que le he dicho.

El capitán levantó su copa en alto y brindó diciendo:

—¡Por la unión de los Noriegas y los Salazar!... ¡Por la novia!

Mas a pesar de su embriaguez, el amor que don Emilio sentía por su hija era tal que le hizo exclamar, pensando en Serafina más que en él:

—¡Eh, un momento! ¿No nos precipitaremos demasiado? ¿Sabemos acaso si ella le quiere a usted?

—¿Cómo puede dudarlo?—preguntó confundido el capitán.—¿No fué ella quien me invitó a quedarme?

—Eso es verdad—murmuró el alcalde.

—¿No me ha retenido ella días tras días?

—Sí, es verdad. Ahora recuerdo que yo se lo eché en cara a ella, y cuando usted me quitó el rascador de malfil, me dijo... bueno, no sé qué me dijo.

—Dos semanas de miradas tiernas, de suspiros melancólicos... ¿qué quiere decir?—preguntó el capitán—. ¿Qué significación puede usted darles? No hay más que una.

—¿Cuál?—preguntó el alcalde.

—El de que esté locamente enamorada de mí.

—¿Locamente?—preguntó don

Emilio—. Es verdad... Ahora veo que está locamente enamorada de usted... Y si lo está, ¿quién soy yo para interponerme entre dos que se aman?... Jamás torceré el amor de mi hija hacia el hombre que elija su corazón. Su madre y yo nos casamos locamente enamorados y quiero que mi hija sea feliz casándose con el hombre a quien ame... Vamos a decirselo a Serafina.

Y cogidos del brazo salieron los dos para ir a la sala donde estaba Serafina, a quien en aquel momento le decía Jonathan:

—Nos casaremos en San Diego, y luego a Boston, con mi tía...

Serafina se dejaba mecer por aquellos sueños amorosos que durante varios días había acariciado y dejándose amar por Jonathan exclamó:

—¡Qué hermoso debe ser oírse llamar «señora Pride»! ¡Qué bien suena ese nombre!

Y llevada suavemente por el tallo, Jonathan la conducía a la puerta para que fuese ella quien le guiase hasta ser la esposa del profesor Pride. Mas en el momento de llegar a la puerta se dieron de cara con el alcalde y el capitán y quedaron indecisos sin saber qué hacer. Don Emilio al verlos les preguntó extrañado:

—¿Adónde vais?

—Íbamos a ensayar una vez más—respondió la muchacha.

Jonathan empezó a bailar con ella para quitar toda desconfianza, hasta que Serafina, viendo que era imposible escapar ella con él, quiso salvarlo y le dijo:

—Basta ya... ¿Quiere irse?... Pánfilo le llevará a la celda.

Y al ver que Jonathan no hacía ademán de marcharse, su temor fué aún mayor y le suplicó:

—¿Quiere irse, por favor?

Pero don Emilio, que no podía contener su contento, aumentado por el alcohol, le detuvo diciéndole:

—¿Podría enseñarme el vals en una lección? Quiero bailar en la boda de Serafina.

Jonathan quedó anonadado. Comprendió en seguida lo que querían significar las palabras de don Emilio, y Serafina preguntó asombrada:

—¿En mi boda?

El capitán sonrió afirmando y dando a entender que la boda era con él, mientras que el alcalde seguía diciéndole a su hija:

—Sí... quiero que seas la primera en saberlo.

—¿Y qué he de saber yo?—preguntó la muchacha, al mismo tiempo que Jonathan miraba indistintamente a don Emilio y al capitán.

—Pues que don Baltasar — siguió diciéndole su padre — me hizo el honor de pedir tu mano y yo le hice el honor de acceder y tú tienes el honor de ser su prometida.

La joven miró airadamente al capitán y sin poderse contener, sin poderse pensar las consecuencias que podría tener su negativa, exclamó:

—¡Renuncio a tal honor!

El alcalde intentó acariciarle y le dijo melosamente:

—No hagas tal cosa, Serafina. ¿Acaso no amas a mi yerno?

—¿Creo que todo esto no será más que una broma?

—No es broma—respondió el capitán—. Es para mí sencillamente un honor y un deseo.

—Claro está—dijo don Emilio. —¿Por qué le retuviste, si no fué para casarte con él?

Jonathan, que hasta entonces había permanecido callado, sin importarle su propia vida, se acercó al alcalde y le confesó:

—Le retuvo para salvarme la vida.

—No me sorprende—respondió el alcalde—. Sin duda le cree a usted inocente. Yo nada puedo hacer, si no es cumplir con mi deber.

Jonathan entonces creyó lo más oportuno despertar en el al-

calde su amor paterno, y le suplicó:

—Don Emilio, ¿no oyó a su hija rechazar a ese hombre?

—Sí que lo he visto y me he quedado como quien ve visiones.

—¿Va usted a casarla a la fuerza?—le preguntó Jonathan.

—Claro que no—respondió el alcalde—. ¿Cree usted que yo voy a obligar a casar a mi hija y nada menos que con don Baltasar? ¡Me opongo!... ¡Me opongo, aunque ella me lo implore!... ¿Por quién me ha tomado usted?

El capitán, sin poderse contener ya por más tiempo ante las palabras de Jonathan, le dió un bofetón para que callase. Jonathan al verse agredido de aquella forma se lanzó contra el capitán, mas antes de que pudiera llegar a él los soldados que habían regresado con Blanca le sujetaron fuertemente, al mismo tiempo que decía don Baltasar:

—Encerrarlo inmediatamente y que mañana, al amanecer, salga para Monterrey... Allí se le hará justicia.

Pero Serafina estaba dispuesta a todo antes que dejar que le ocurriera nada a Jonathan y se apresuró a decir, mientras se lo llevaban:

—Capitán, estoy dispuesta a

ser su mujer—. Y volviéndose a Blanca le ordenó—: Diga a Isabel que venga mañana, y que vengan las bordadoras a bordar mi velo de novia.

—No hay que darse tanta prisa—exclamó el alcalde, que no estaba muy conforme con aquella boda, después de haber oído a su hija—. Yo creo que unos tragos más no son motivo para apresurar una boda. Además, ¿sabes si Baltasar nos hará felices?

Sin embargo, Serafina no pen-

saba en aquel momento más que en Jonathan, y volviéndose al capitán le preguntó:

—¿Y ahora, el pirata podrá irse a Boston?

El capitán hizo una inclinación de cabeza y respondió:

—Su libertad será mi regalo de boda.

Y de esta forma fué cómo quedó acordada la boda de Serafina con el capitán Baltasar. Es decir, que ella renunciaba a la dicha de toda su vida por salvar al hombre a quien tanto amaba.

UNA BODA TRISTE

Pocos días después de haber sido encerrado Jonathan, Tecolote había sido puesto en libertad y le había dicho a Jonathan:

—Yo me voy con mis hombres, pero estaré cerca del pueblo. Si sales me encontrarás, y yo te ayudaré a vengarte de ese capitán.

Por toda respuesta Jonathan estrechó fuertemente la mano del indio y le dijo al despedirse:

—Gracias, amigo. Si algún día te necesito iré a buscarte.

—Me encontrarás cerca — respondió el indigena.

En estas circunstancias llegó el día de la boda. Los invitados acudieron a casa del alcalde, y poco después apareció Serafina vestida de novia, mucho más hermosa que nunca. Las jóvenes la miraban con envidia, al ver la riqueza de su vestido, y los hombres la admiraban pensando en que pocas mujeres eran tan dignas de ser dichosa como lo era aquella.

Cuando aparecieron en la puer-

ta los novios, el capitán ordenó al oficial que llevaba consigo, refiriéndose al prisionero:

—Sáquele y déle una cabalgadura.

Este fué a dar la orden a Pánfilo para que le sacara, y el buen sirviente, que había tomado cariño al bailarín, y que sabía el amor que su señorita sentía por él, le preguntó:

—¿Se va usted, sin hacer nada?

—¿Y qué voy a hacer? — replicó con amargura Jonathan.

—De ser español, gastaría espada y no paraguas, y pelearía.

Jonathan ni respondió ni quiso hacerle confidente de lo que él pensaba hacer, y por eso se limitó a seguir a los soldados que habían de conducirlo fuera de la cárcel.

Para su marcha el capitán le había hecho preparar un borriquito, con el fin de hurlarse hasta el último momento del que sabía que era su rival, y acercándose a él le dijo zumbonamente:

—¿Nos deja por fin?

El alcalde y Serafina miraban al joven, y el primero sentía deseos de lanzarse contra el capitán; pero pensó en seguida que era un representante del gobernador de Monterrey y esto le detuvo y aun tuvo que oír al capitán seguir diciéndoles:

—No le he dado un caballo, porque los caballos son para los hombres.

Ante aquel insulto el alcalde no pudo contenerse, y acercándose a su hija, le dijo:

—Ese paraguas que lleva parece pesado.—Se refería al que llevaba Jonathan.— ¡Si le diera con él en la cabeza a don Baltasar!...

Vió que el joven montaba en el burro, y siguió comentando en voz baja:

—¡Lástima que no lo haga! ¡No podrías casarte con un hombre descalabrado!

Jonathan seguía montado en el burro, pero no hacía nada por alejarse. Sus ojos no se apartaban de Serafina, y al advertirlo el capitán le dijo enérgicamente:

—¿A qué espera?... ¡Le mandé irse! Si vuelve por aquí pondré a precio su cabeza...

El dolor de la pobre Serafina era inmenso. Pensaba que dentro de una hora se vería unida al hombre que tanto odiaba, mientras que el bailarín huía de la ciudad, sin duda para no volverle a ver más. Incluso tuvo segundos de arrepentimiento por lo que había hecho, y estuvo a punto de oponerse a aquella boda, que era para ella más dolorosa que la misma muerte.

Jonathan al cabo de unos minutos había ya abandonado el pueblo, y siguió el camino que conducía hacia Monterrey. En su cerebro luchaban mil ideas distintas, aunque prevalecía siempre el deseo de salvar a Serafina. Para ello contaba con la ayuda del jefe indio y de sus hombres, y estaba decidido a jugarse la vida las veces que fuese necesario antes que permitir que el capitán Baltasar hiciera suya a la única mujer que había amado en su vida.

Jonathan miró alrededor suyo y al ver que Tecolote estaba solo le preguntó:

—¿Estás solo?

—Sí—respondió el jefe indio.

—¿Dónde están tus hermanos? preguntó nuevamente—. Dijiste que pelearían.

—Y lo harán en cuanto yo lo mande. Ven conmigo. Están danzando la danza guerrera.

Y conducido por Tecolote llegaron a una montaña próxima, donde estaban los hombres del jefe indio a quien éste les dijo:

—Amigos míos, es preciso que salvemos a la hija del alcalde de Las Palomas. Ya sabéis lo buena que ha sido siempre para todos nosotros... Ahora nos necesita, y debemos defenderla.

Los indios comenzaron a dan-

zar, dando aullidos de guerra, y Jonathan, entre ellos, comenzó también a bailar, excitándolos más todavía.

Mientras tanto, en Las Palomas los soldados se dedicaban a todo género de atropellos, aprovechando la orden del capitán que había querido que aquel día fuese celebrado con toda esplendor.

Pánfilo, a pesar del cariño que sentía por Serafina, tampoco quiso asistir a la boda, y entró en una taberna del pueblo. Se sentó en una mesa, al lado de otra ocupada por varios soldados, y oyó a éstos que decían, hablando entre sí:

—¿Tienes ahí el dinero?

—Un poco—respondió el otro.

—Lo demás lo tiene el capitán.

Pánfilo prestó oído, y al darse cuenta de que hablaban de cosas interesantes y que tal vez con su presencia no lo harían, saltó de la tienda, pero se colocó en la puerta para poder oír oculta-mente todo lo que decían. Uno de los soldados siguió diciéndole al otro:

—Don Baltasar habló de repartir, pero él se lleva la mejor parte.

—Ojalá no hubiésemos salido de Monterrey—comentó otro—. El que lo expulsasen del ejército no es razón para que nos haya

hecho seguirle en estas aventuras.

—¡A callar! — le ordenó el otro—. ¿Quieres que lo oiga todo el pueblo?

Pánfilo comprendió todo lo que pasaba. Gracias a la conversación de los soldados se daba cuenta de que el capitán ya no era capitán, y de que sus soldados eran unos aventureros sin conciencia. Pero éstos, ajenos a que lo escuchaba uno del pueblo, siguieron hablando y diciendo:

—¿Y qué es lo que ganamos aquí?

—Pues dentro de unos instantes la hacienda de don Emilio será nuestra...

Pánfilo no pudo oír más. De pronto se vió arrojado violentamente al interior de la tienda, y se vió sujeto por dos soldados a quienes él les gritó enfurecido:

—¡Ustedes no pueden detenerme!... ¡No son ustedes soldados de veras!

Peró uno de los soldados, para impedir que siguiera gritando de aquella forma, le dió un puñetazo en la cara y lo hizo caer sin sentido, en la calle.

EL RESCATE DE SERAFINA

El poder llevar a la práctica el rescate de Serafina ofrecía muchos más inconvenientes de lo que parecía a simple vista. El primero de ellos fué el de las armas. Los indios se encontraban desarmados, mientras que los soldados del capitán iban provistos de armamento y municiones, con lo cual era inútil el dar-

les la cara. Necesariamente había que buscar un medio más eficaz para dejar fuera de combate a aquellos hombres, y el dar con este medio era lo difícil.

Durante algún tiempo se estuvo pensando de qué forma se haría, hasta que Tecolote encontró la manera, y le dijo a Jonathan:

—Lo mejor es amarrarlos.

—¿Y de qué forma?—preguntó Jonathan—. ¿Crees que ellos se dejarán tan fácilmente?

—Claro que no, pero mis hombres harán eso con facilidad.

—Jonathan se le quedó mirando interrogativamente, sin poder comprender lo que quería decirle el jefe indio, quien le explicó la forma diciéndole:

—Mira, tú te presentarás donde están los soldados; éstos, al verte, correrán detrás de ti, para detenerle, pero mis hombres se hallarán en los terrados al paso de ellos y los suspenderán en el aire con sus lazos. Cuando quede solamente el capitán nos presentaremos en la iglesia.

—Magnífico—exclamó el bailarín, aceptando la idea.

El jefe indio dió las órdenes para que todo estuviese preparado, y segundos después emprendieron la marcha hacia Las Palomas.

En la iglesia iban ocupando los invitados el lugar que se les tenía designado, y sólo se esperaba a los novios, cuando por fin llegaron los indios. Cautelosamente, que para ello se pintaban solos los hombres de aquella raza, fueron subiéndose a los terrados, mientras que Jonathan se dirigía a la taberna, donde sabía que estaban los soldados.

Cuando llegó a ella se presentó a la puerta y comenzó a gritar para llamar su atención, y los soldados, tal y como lo había pensado Tecolote, en cuanto que le vieron se lanzaron tras él para capturarlo. Jonathan, que había los lugares por donde estaban los indios, echó a correr hacia ellos, y sus compañeros conforme iban pasando los soldados les iban lanzando los lazos y suspendiéndolos en el aire.

* La caza de los soldados duró más tiempo del que hubiera deseado Jonathan, pero afortunadamente antes de que llegara a celebrarse la boda ya no había uno solo soldado que no hubiera caído en la hábil trampa que les habían preparado.

Pánfilo, en cuanto volvió en sí, lo primero que hizo fué correr a la iglesia para impedir aquella boda, y desde la puerta comenzó a gritar:

—¡Señor alcalde, impida esa boda!

El capitán Baltasar se volvió rápidamente y exclamó indignado:

—¡Que se atreva alguien a impedir la boda y sabrá quién soy yo!

Otro vecino que había visto entrar a los indios, los había to-

mado por piratas y llegó también gritando:

—¡Hay piratas!... ¡Han llegado los piratas!

—¡Hay que terminar con ellos!
—exclamó el alcalde, sin acordarse para nada de la boda.

—Primero acabemos con la ceremonia—ordenó el capitán.

Sin embargo, en aquel momento el alcalde se sintió capaz de contradecirle y le dijo:

—¡No, antes hay que acabar con los piratas!

El capitán iba a insistir, pero al ver que en aquel momento entraba Jonathan salió a su encuentro para hacerle detener, y gritó llamando a su oficial. Pero éste había corrido la misma suerte que todos los demás soldados, y desde donde estaba suspendido le dijo:

—Esta vez se encuentra usted solo, capitán.

Don Baltasar se dio cuenta de la difícil situación en que se encontraba y, sacando su espada, exclamó dirigiéndose al bailarín, que no llevaba más arma que su paraguas:

—¡Me las entenderé a solas con usted! ¡Nos batiremos a espada!

Cogió la espada del alcalde y se la arrojó a Jonathan, que la

cogió en el aire, pero sin soltar su paraguas.

Pronto se vió que el capitán llevaba todas las posibilidades de ganar. Era hombre ducho en armas, mientras que el bailarín apenas si sabía manejarla. Por consiguiente al primer asalto quedó desarmado y a merced del capitán. Serafina se tapó los ojos para no ver asesinar de aquella forma a Jonathan y exclamó:

—¡Va a matarle!

Su padre intentó tranquilizarla, y le dijo acordándose que por dos veces él había pretendido ahorcarle:

—No lo creo tan fácil... Yo lo intenté dos veces y no pude conseguirlo.

Jonathan al verse desarmado no se le ocurrió otra cosa que abrir el paraguas y cubrirse con él. Desde luego, la defensa era bien poca cosa, y así lo estimaban todos los que presenciaban aquel desafío y, sin embargo, aquello fué lo que le salvó. El capitán se lanzó a fondo y la espada atravesó la tela del paraguas, pero sin hacerle daño alguno a Jonathan, que se lanzó sobre él y de un puñetazo le hizo rodar por tierra; inmediatamente se apoderó de la espada del capitán y lo fué a su merced de poderlo matar tranquilamente.

Pánfilo llegó corriendo a la iglesia y explicó cuanto había oído en la taberna, diciendo al final:

—¡No es capitán de veras!... ¡Ni lo son sus soldados!... ¡Son renegados!...

El capitán Baltasar, al verse descubierto, no intentó siquiera oponerse a que le detuvieran, en vista de que se encontraba sin soldados, y entonces Jonathan, haciéndole montar en el mismo burro que a él le había servido, le dijo:

—¿Está satisfecho de su cabalgadura?

Emprendió el capitán la marcha fuera del pueblo, y el alcalde estrechó la mano del bailarín, diciéndole:

—Ni yo mismo hubiera podido hacerlo mejor.

Jonathan intentó acercarse a Serafina, pero el alcalde se lo im-

pidió, llevándose a su hija a quien le preguntó:

—¿Amas a ese hombre?

—¡Con toda mi alma, papá!— exclamó ella.

—¿Quieres que continúe la boda con otro novio?

—Sí, papá—respondió ella alegremente.

Entonces el mismo alcalde cogió de la mano a su hija y se la entregó a Jonathan diciéndole:

—Se la ha ganado usted joven.

Nuevamente, entre el regocijo general y la alegría de los contrayentes, desfiló el cortejo hacia el interior de la iglesia, mientras que el alcalde, lleno de indignación, le decía a Pánfilo:

—¡Cuando pienso que ese canalla me quitó mi rascador!

Y apenas llegó a tiempo de oír dar el «sí» a su hija, que desde aquel instante se había convertido en lo que tanto ella deseaba, en la señora Pride.

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

PRÓXIMO NÚMERO:

AMOR



MISTERIO

Superproducción
PARAMOUNT

Novela de asunto amoroso que se desarrolla amablemente en el impenetrable extremo oriente; propicio siempre a los grandes sacrificios y a sus tradicionales venganzas.

Obi. Francesc Llorens

4/01

EDITORIAL



Precio: 1'25 pta.